



HARLEQUIN

Desee™



EL BESO MÁS APASIONADO
BRONWYN JAMESON

Desee

EL BESO MÁS APASIONADO
BRONWYN JAMESON



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Bronwyn Turner
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.
El beso más apasionado, n.º 1182 - marzo 2015
Título original: Zane: The Wild One
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2003

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-5816-9
Editor responsable: Luis Pagni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo Uno

No fue como en las películas, donde la acción se detiene mientras las ruedas pierden adherencia al asfalto, el coche colea y la cámara se acerca para ver cómo intenta dominar el volante. No hubo sensación de detenimiento ni repentinos pensamientos lúcidos.

Julia Goodwin iba conduciendo a una velocidad normal, en camino de su casa de Plenty a la casa de su hermana, y súbitamente se encontró intentando esquivar a tres urracas que había en medio de la carretera.

Cuando finalmente abrió los ojos, vio a un canguro saltando por la hierba seca que bordeaba la carretera, y recordó el consejo que le dieron cuando se preparaba para sacarse el carné de conducir. Nunca debía intentar esquivar a los animales, sino frenar, tocar el claxon y dejar que ellos esquivasen a los coches.

Pero Julia nunca se arriesgaría a herir a un ser vivo, ni siquiera a un pájaro. Así que había cerrado los ojos, había frenado y después había dado un volantazo, por lo que se había salido de la carretera.

Había tomado aquella carretera secundaria porque le gustaban las vistas que había desde la cima de Quilty's Hill, y no era una carretera secundaria por nada. No circulaba ni un solo coche por allí.

Comprobó que no se había roto ningún hueso y, con las manos temblorosas, se desabrochó el cinturón de seguridad y se colocó las gafas de sol.

Cuando consiguió abrir la puerta del conductor, se bajó del coche pero sus piernas cedieron bajo su propio peso.

No importaba. También podía hacerse una idea de la situación desde el suelo y ver por qué no iba a poder proseguir. El coche estaba atascado en la cuneta.

Por fortuna, había tomado el utilitario de su madre en vez del Mercedes de su padre.

Por el ruido que salía del capó del coche, Julia se dio cuenta de que probablemente se hubiera roto el radiador, y vio que una rueda se había pinchado.

Al menos ella había resultado ilesa.

Aunque quién sabía qué le ocurriría si no se presentaba a cenar en casa de su hermana. A Chantal no le gustaban los números impares.

Además, había organizado aquella cena para Julia, ya que su hermana consideraba que necesitaba un marido. Pensaba que nunca iba a los lugares adecuados para encontrar al marido apropiado, y no había nada capaz de detener a Chantal cuando se embarcaba en una misión. Y la misión que se había encomendado desde Año Nuevo era casar a Julia.

Esta apreciaba los esfuerzos de su hermana, porque sabía que haría lo que fuera por hacerla feliz, aunque fuera en contra de sus propias creencias. Según Chantal, el amor implicaba sufrimiento, mientras que el seguir una carrera profesional proporcionaba respeto, metas a alcanzar y la propia realización.

Pero Julia no estaba de acuerdo. Había estado casada en una ocasión, y si no hubiera seguido a

Paul y a su carrera profesional a Sydney; si ella no hubiera detestado la aislada soledad de la vida en una gran ciudad; y si él no se hubiera enamorado de otra mujer, Julia probablemente seguiría casada.

Para bien o para mal.

Porque a pesar de las nobles ambiciones de sus padres, de la exitosa carrera profesional de su hermana y a pesar de todos los consejos recibidos, Julia nunca había querido otra cosa más que casarse y formar una familia.

Pero en aquel momento lo que tenía que hacer era solucionar el problema que tenía entre manos.

Afortunadamente, parecía que sus piernas ya la sostenían. Se quitó los zapatos de tacón, las medias y la combinación que le había prestado Kree, su compañera de piso.

Después, se dirigió hacia el centro de la carretera y miró a un lado y a otro. No había mucho que ver: eucaliptos a los dos lados de la carretera y una valla tan vieja que no habría detenido ni a una bicicleta. A su espalda se extendía una gran pradera verde, dividida en dos por la carretera en la que se encontraba, y en la que se divisaba ganado.

Delante de ella, unos matorrales delimitaban el comienzo de la Reserva Natural de Tibbaroo.

No podía haber escogido un lugar más aislado. La granja más cercana estaba a kilómetros de distancia y ya empezaba a notar cómo se le clavaba la gravilla y cómo el calor del asfalto le quemaba la planta de los pies.

Sopesó la que sería la opción más tonta: podía caminar descalza varios kilómetros; podía caminar la misma distancia con zapatos de tacón; o podía esperar a que llegara ayuda.

De repente escuchó el sonido del teléfono móvil del coche y se dio cuenta de que la opción más tonta sería la de olvidarse del teléfono, así que volvió al coche y contestó la llamada.

—¡Julia! ¿Se puede saber dónde estás? —exigió saber Chantal—. Ya sé que te dije que la cena era a las siete y media, pero tú siempre llegas pronto y necesito que me ayudes con la salsa. He seguido tu receta, pero algo ha salido mal...

—Resulta que he tenido un accidente —interrumpió Julia.

—¿Estás bien?

—Sí. Pero el coche...

—¿Has roto el coche de mamá?

—No. No mucho —dijo Julia, cruzando los dedos y cerrando los ojos. No era del todo mentira—. Pero necesitaré una grúa.

Julia le dijo a Chantal dónde estaba y su hermana se dispuso a organizar el rescate. Al fin y al cabo, la organización era su punto fuerte.

—Yo no puedo ir, pero mandaré a Dan a buscarte, en cuanto llegue.

—¿Quién es Dan?

—Es un dentista nuevo en Clifton. Es un poco tímido, así que intenta animarlo a hablar. Estoy segura de que tenéis muchas cosas en común. Solo tienes que darle una oportunidad.

«Es un poco aburrido, así que os llevaréis de maravilla» se dijo Julia, reinterpretando las palabras de su hermana.

—Tú quédate ahí y espera. Yo avisaré a la grúa.

—Es viernes por la noche, no hagas salir a Bill, por favor —dijo Julia, pero Chantal ya había colgado.

Por el espejo retrovisor, Julia vio cómo se acercaba la grúa a toda velocidad por la carretera.

—¿A qué viene tanta prisa? —murmuró Julia mientras se incorporaba en el asiento y se colocaba las gafas de sol encima de la cabeza.

La velocidad no era propia de Bill, el lacónico dueño de la única grúa que había en Plenty y el único que la conducía...

Excepto en las raras ocasiones en que Zane O'Sullivan estaba en la ciudad.

Cuando la grúa se detuvo, el corazón de Julia latía con rapidez.

La nube de polvo que había perseguido a la grúa por todo el camino, se posó a su alrededor, mientras Julia escuchaba cómo se cerraba una puerta y los pasos de unas botas pisando la hierba seca se dirigían hacia ella.

De repente, él estaba allí, con las manos apoyadas sobre el techo del coche y la cabeza agachada sobre la ventanilla del conductor.

Era Zane O'Sullivan en carne y hueso.

—¡Menudo sitio para aparcar! —dijo él, arrastrando las palabras y en un tono tan seco como la tierra de la carretera.

Aquella voz que parecía moldeada por el whisky y el humo del tabaco siempre la había puesto nerviosa; le aceleraba el pulso y le entrecortaba el aliento, pero por lo general no la dejaba sin habla... aunque normalmente solo la oía al otro lado del teléfono.

De hecho, aquella era la primera vez que el descarriado hermano de Kree le hablaba cara a cara.

Cuando estaba en el instituto, su belleza física y su actitud de chico malo habían provocado en Julia sentimientos contradictorios, y la había intimidado tanto que ella había evitado cualquier posibilidad de encontrárselo.

Más de diez años después, ciertas cosas no habían cambiado.

De cerca, Zane aún la ponía nerviosa, aunque se fijó en que otras cosas sí habían cambiado.

Llevaba una camiseta blanca ajustada, que marcaba un pecho más ancho y más fuerte.

Su pelo seguía siendo del mismo color castaño claro con reflejos color miel, y lo seguía llevando largo y peinado hacia atrás. Su cara parecía más delgada, los pómulos más marcados y unas líneas surcaban la piel de alrededor de sus ojos.

—¿Estás bien? pareces un poco aturdida.

Zane se apartó para abrirle la puerta, y ella rápidamente apartó la mirada, pero no pudo evitar fijarse en los vaqueros, abultados en la entrepierna. Julia se sintió algo más que aturdida; se le cortó la respiración y la cabeza le dio vueltas.

Se puso las gafas de sol y atribuyó la reacción de su cuerpo al calor del sol.

Aunque las gafas no ocultaron el excelente físico del hombre, y Julia pensó que daría igual la cantidad de gafas que se pusiera porque seguiría percibiendo aquella belleza masculina.

No pudo evitar reírse en voz alta y se dio cuenta de que su comportamiento debía de parecer el de una lunática.

Se giró en el asiento y vio que Zane la miraba frunciendo el ceño. Tenía una mano apoyada en el marco de la puerta, y daba golpes impacientes con los dedos. Parecía desear estar en cualquier otro lugar.

Julia se dio cuenta de que no había respondido a la pregunta que él le había hecho hacía ya algunos minutos.

—Estoy bien —le dijo y movió la cabeza de un lado a otro—. ¡Ves! No parece que tenga lesiones en la cabeza.

Zane no parecía convencido. Parecía completamente desconcertado.

Sería mejor que se centrara en remolcar el coche antes de que él decidiera que estaba realmente loca y se marchara de allí.

–No estoy segura de los daños que ha sufrido el coche. ¿Ves esta rueda? Creo que está pinchada, y además me he dado un buen golpe con el borde de la cuneta, así que probablemente se haya roto la dirección. Y el agua del radiador hervía. ¿Se habrá estropeado?

–Puede ser –contestó Zane sin tan siquiera mirar el coche–. ¿Estás segura de que no te has golpeado la cabeza con el volante?

–Quizá me haya dado una pequeña insolación, o sufra un leve shock, pero por lo demás, estoy perfectamente.

Zane continuó observándola tan fijamente que Julia se preguntó si le habría salido un chichón en la frente, pero de repente sintió un cosquilleo en el estómago y supo que él no estaba mirando los posibles bultos en su cabeza.

Estaba mirando los bultos de su cuerpo.

No debería haber dejado que Kree la convenciera para ponerse aquel vestido. A ella le quedaba bien ya que no era tal alta como Julia, que medía casi un metro ochenta, y no tenía las caderas y las curvas que tenía Julia.

–¿Ibas a una fiesta?

–Sí. En casa de mi hermana –dijo Julia, sonriendo de manera exagerada–. ¿Recuerdas a Claire Heaslip? Pues Chantal alquiló el bloque de apartamentos de su abuelo el año pasado.

Estaba hablando sin pensar, se dijo a sí misma. ¿Cómo iba a olvidar a Claire Heaslip?

Incluso aunque los rumores fueran ciertos.

–¿Sueles ir descalza? –le preguntó él, ignorando su comentario.

–No –contestó Julia, riéndose a la vez divertida e incómoda.

Se sentía incómoda tanto por el desafortunado comentario acerca de Claire Heaslip, como por la excitación que le estaba provocando que él le mirara las piernas.

–A Chantal no le haría mucha gracia que apareciera descalza. Me he quitado los zapatos porque estaba pensando en ir andando –contestó ella. Recogió los zapatos del asiento del copiloto y se los puso–. No son los mejores zapatos para caminar.

Por la forma en que calló, Zane parecía estar de acuerdo. Para un hombre vestido con pantalones vaqueros, camiseta y botas, su vestido de fiesta debía de parecerle excesivo. Y de repente a Julia también se lo pareció.

Mientras se lamentaba de haber hecho caso a Kree en cuanto a la ropa, Zane se puso a trabajar.

–¿Quieres que te lleve a casa de tu hermana primero? –le preguntó Zane, volviéndose para mirarla.

–No. Chantal me ha dicho que mandaría a alguien a recogerme.

Y no a cualquier persona. Iba a mandar a Dan el dentista, quien le parecía que podía ser el marido adecuado para Julia.

Se lo imaginó vestido con traje y corbata sobrios, el pelo castaño, bien peinado y con la raya en medio, y se imaginó la cena en casa de Chantal, tan aburrida y sosa como la imagen de Dan.

Miró a Zane O’Sullivan y antes de pensar en todas las razones por las que no debía hacerlo, inspiró profundamente y habló con rapidez.

–He cambiado de opinión. ¿Te importaría llevarme de vuelta a Plenty?

Zane le dedicó una mirada que, debido a las gafas de sol que llevaba y a la rigidez de su boca, Julia no supo interpretar.

–Da igual si me importa o no. No voy a dejarte aquí.

Diez minutos más tarde, Zane maldecía su caballerosidad.

Una cosa era imaginarse lo que llevaba debajo de aquel vestido, y otra totalmente distinta era estar pensando en quitárselo. ¡Era la hija de la alcaldesa! No era el tipo de mujer a la que imaginarse desnuda.

Desde luego no en la forma en la que lo hacía.

Aquellos ojos color avellana que reflejaban la falta de un hombre en su vida, su brillante pelo negro cubriendo su almohada y aquellas generosas curvas desnudas... y él.

Zane apartó aquella imagen de su cabeza e intentó centrar su atención en la carretera, pero el suave aroma de su perfume, tan suave como una brisa de primavera, le embargaba los sentidos. Y si además ella no dejaba de mirarlo desde detrás de las gafas de sol, en cinco minutos empezaría a ponerse nervioso. O haría alguna tontería como invitarla a tomar una copa. O algo completamente descabellado como saltarse la copa y llevarla directamente a su cama.

Zane estuvo a punto de reírse en voz alta. ¿La cara ropa de Julia Goodwin tirada por el suelo de su habitación de hotel barata?

¡Podía seguir soñando!

–Siento haberte hecho salir –dijo ella con suavidad y educación–. Me imagino que preferirías estar en cualquier otro sitio un viernes por la tarde.

Tenía razón. Pero se guardó para sí el que estaba primero en su lista, su habitación.

–Sí, pero no creo que se acabe la bebida en el bar Lion antes de que vuelva.

–¿Estabas tomando una copa?

–Estaba a punto de hacerlo. Bill ya se había tomado unas cuantas cuando llamó tu hermana.

–Así que por eso estás tú aquí –afirmó Julia, y Zane sintió cómo lo observaba–. Gracias.

Zane se encogió de hombros.

–Es mi trabajo.

–No. Es el trabajo de Bill. Sé que le echas una mano cuando estás aquí...

Julia no terminó la frase, invitándolo a contestar su pregunta silenciosa de por qué estaba en la ciudad, y Zane decidió que hablar con ella era mejor que imaginársela desnuda.

–Tengo una semana libre, así que decidí venir a ayudar a Bill y a ver a Kree.

–No me dijo que venías.

–Ha sido una decisión en el último momento.

–¿Ya la has visto?

–He llegado esta misma tarde y pensé que estaría ocupada. Además, no me encuentro a gusto en una peluquería.

–Pues es una lástima que no hayas ido, porque se ha marchado a pasar el fin de semana con su novio, Tagg, que vive en Clifton.

–Entonces la veré cuando vuelva. ¿Qué tal está?

–Igual que siempre –dijo Julia sonriendo–. Ocupada, a tope, contenta.

–¿Quieres decir frenética?

Julia se rio suavemente, y Zane se encontró a sí mismo mirándola para ver su sonrisa, que la hacía parecer más que guapa. Era impresionante.

Volvió a mirarla y se preguntó cómo no se había fijado en ella cuando aún vivía en Plenty.

Probablemente porque nunca había estado tan cerca de ella como para verla reír. Recordó cómo ella solía cruzar la calle para evitar encontrárselo, y si alguna vez lo miró, fue con una mezcla de

curiosidad y fascinación, como si fuera un alienígena.

Así era como aquella ciudad le había hecho sentirse.

En aquel momento Zane sintió que ella lo miraba con otro tipo de fascinación. Se había quedado muy quieta y la sonrisa había desaparecido de sus labios. Su atención parecía estar centrada en su boca y Zane sintió un cosquilleo en los labios.

Se dijo a sí mismo que no podía ser. Julia era una mujer al estilo clásico a la hora de salir con alguien. No de las que se meten en la cama con alguien a la primera de cambio.

Zane volvió a mirar hacia la carretera y apartó aquellos pensamientos de su cabeza. Pisó ligeramente el acelerador y buscó un tema de conversación con el que distraerse.

–¿Por qué has decidido no ir a la fiesta de tu hermana? –le preguntó él.

–Porque en realidad no quería ir –contestó Julia moviendo los hombros incómoda–. ¿Crees que puedo poner como excusa el haberme salido de la carretera?

–¿Por qué necesitas una excusa? Si no querías ir, haberlo dicho.

–Chantal no acepta un no por respuesta.

–Quizá necesita que se lo digan más a menudo.

Julia frunció el ceño y Zane se preguntó si había dado en el clavo, pero no era asunto suyo. Le había preguntado por la fiesta para hablar de algo trivial. No tenía ningún interés en saber, por ejemplo, si estaba dejando plantado a algún tipo con traje y corbata al no aparecer.

–Mientras enganchabas el coche a la grúa telefoneé a Chantal para decirle que me marchaba a casa. No parecía muy contenta, y tengo la sospecha de que mandará a alguien a buscarme.

–Si no estás en casa, esa persona no podrá recogerte.

–Que no esté en casa –dijo ella y se rio incrédula. Zane volvió a mirar su boca y de nuevo se imaginó cosas que no debía–. Por si no te habías dado cuenta, no hay muchos sitios abiertos en Plenty un viernes por la noche.

–El bar Lion está abierto. Podrías ir a tomarte algo y echar una partida de billar –sugirió Zane de manera informal.

No esperaba que ella aceptara. No quería que aceptara.

Julia lo miró sorprendida, aunque obviamente estaba considerando su invitación y Zane sintió que su cuerpo se tensaba. Pero Julia negó con la cabeza y bajó la mirada.

–Gracias, pero hoy no.

«Hoy». ¡Ni que la invitara a salir habitualmente!

Zane la miró y se encogió de hombros.

–Tú te lo pierdes.

Julia miró por la ventanilla del coche. Habían llegado a las afueras de la ciudad y en pocos minutos estaría bajándose de la grúa y despidiéndose de él, quizá hasta dentro de otros doce años. Sintió una profunda decepción, totalmente inapropiada. Desde luego, ella se lo perdía.

Claro que siempre podía cambiarse de ropa y bajar al Lion. Podía acercarse a él y ofrecerle echar una partida de billar.

Pero aquello no era propio de ella. Ir a bares no era su estilo y no iba a ocurrir, se dijo a sí misma mientras Zane torcía por la calle Bow y se detenía en el número catorce.

Al ver que él se inclinaba hacia la puerta para salir, Julia alargó la mano para detenerlo.

–No hace falta que te bajes.

Sintió cómo el cuerpo de él se paralizaba, y cuando Zane bajó la mirada hacia donde ella había puesto la mano, en su antebrazo, fue consciente de algo más. Su piel era cálida, *caliente*, ligeramente áspera, fuerte. De repente se dio cuenta del tiempo que hacía que no tocaba el brazo

desnudo de un hombre y de lo mucho que echaba de menos aquella sensación de calor y fuerza masculina.

Fue un momento largo, cargado de silencio y durante el cual los dos fueron muy conscientes el uno del otro.

Después, Julia hizo un esfuerzo y retiró la mano. Sintió que se sonrojaba desde el cuello hasta las orejas, y dio gracias por llevar el pelo suelto. ¡Al menos Kree había acertado en algo!

Incapaz de mirarlo por si había malinterpretado aquel gesto, Julia se aclaró la garganta antes de hablar.

–Solo quería darte las gracias y disculparme por haberte hecho salir. Espero que veas a Kree pronto.

–La llamaré por teléfono al trabajo el lunes.

–Las mañanas suelen ser muy tranquilas, sobre todo los lunes. Quizá incluso pueda tomarse medio día libre –dijo Julia y abrió la puerta–. Hasta luego.

–¿Qué hago con el coche?

Julia parpadeó y él señaló con el dedo hacia atrás.

¿Cómo podía haberse olvidado?

–Es de mi madre. Yo no tengo, así que me lo ha prestado mientras está fuera. Mis padres están en Toscana –le explicó e inmediatamente se preguntó por qué le estaba contando aquello–. ¿Qué quieres saber?

–¿Quieres que Bill lo arregle o solo quieres que te dé un presupuesto?

–¡Ah! Sí.

–¿Sí... qué? –preguntó él lentamente y Julia volvió a sentir que la observaba igual que lo había hecho cuando estaba en la cuneta.

Mientras su cabeza buscaba frenéticamente una respuesta, sintió que volvía a sonrojarse.

–Sí, por favor.

«¡Por Dios! No podía haber dicho nada más tonto». Julia se mordió el labio y volvió a intentarlo.

–Dile por favor que arregle lo que haga falta. Siempre le llevamos los coches a él. No hace falta que haga un presupuesto.

Julia se bajó de la grúa, pero antes de cerrar la puerta se dio la vuelta y se obligó a mirarlo y sonreír.

–No sé cómo agradecerte lo suficiente que me hayas traído a casa.

–Ya recibirás la factura.

Julia negó con la cabeza.

–Quisiera darte las gracias a ti, personalmente.

–Invítame a tomar una copa algún día.

Julia lo miró. Una parte de ella le decía que lo hiciera en aquel momento, pero la otra le decía que sonriera y dijera algo amable y libre de compromiso como: «Sí. En algún momento», y que después se marchara.

Pero Julia no quería escuchar a la parte de su conciencia de chica sensata, buena y formal. Por una vez, quería hacer algo malo. Aunque tomar una copa no podía ser algo malo, tenía la fuerte sensación de que tomarse una copa con Zane O'Sullivan no sería algo normal.

–Me gustaría... –empezó a decir ella. Movi6 los pies inc6moda, se humedeci6 los labios y entonces se dio cuenta de que 6l no le prestaba atenci6n.

Zane estaba mirando por el espejo retrovisor, frunciendo el ce6o, mientras golpeaba el volante

con los dedos.

–Parece que tienes visita.

Julia dio un paso hacia atrás y vio el brillante Volvo de color blanco que acababa de aparcar detrás de ellos y al hombre, elegantemente vestido, que salía de él. Efectivamente, parecía respetable y aburrido.

Escuchó el sonido del motor de la grúa y el repentino pánico que sintió casi la hizo saltar hacia la ventanilla.

En vez de eso, se subió al estribo y, a pesar del frenético latido de su corazón, consiguió hablar.

–Me encantaría invitarte a tomar una copa algún día.

Quizá vio la tensión que se reflejaba en su cara, o quizá miraba a Dan el dentista, que esperaba pacientemente a poca distancia. Julia no estaba segura, pero fuera lo que fuera, le hizo sonreír sarcásticamente y mover la cabeza.

–Gracias. Pero no creo que sea tan buena idea después de todo.

Por supuesto, tenía razón.

Ella se bajó del estribo y se apartó de la grúa. Mientras observaba cómo se alejaba, sintió que la melancolía se apoderaba de ella.

Quizá no fuera tan buena idea salir a tomar una copa con Zane O’Sullivan, pero tampoco hacía más apetecible la idea de cenar con Dan el dentista.

Capítulo Dos

Julia no fue a la fiesta de Chantal. En vez de eso, cenó en su casa con Dan, que resultó ser menos aburrido de lo que ella se había imaginado. De hecho, le pareció un hombre agradable y amigable. Y cuando tímidamente admitió que Chantal lo había intimidado para que asistiera a la fiesta, Julia pensó que podía gustarle.

Le gustó poder mantenerse centrada en la conversación en vez de fijarse en sus labios; le gustó no sentir cosquilleos en el estómago y le encantó poder interpretar todas las expresiones de su cara.

Si alguna vez salía a tomar una copa con Dan, no pensaría que estaba haciendo algo malo; y si le tocaba el brazo, no recordaría el tiempo que hacía que no estaba en brazos de un hombre o las noches que pasaba en vela preguntándose si algún hombre volvería a abrazarla.

El efecto que Dan causaba en ella era completamente opuesto al que Zane le provocaba.

Mientras se despedía de él desde la puerta, se dijo que le gustaba un hombre que encajara en su ambiente, como Dan.

Y ese no era el caso de Zane. Ocuparía la cocina con su envergadura y su virilidad. No encajaría en la casa. Ni sucumbiría a las tácticas de apisonadora aterciopelada de Chantal.

Su nombre nunca aparecería en las listas de invitados de su hermana.

Mientras se preparaba para acostarse, Julia recordó el día en que la familia O'Sullivan llegó a Plenty. Dos adolescentes rebeldes y su madre en una destartalada furgoneta que se detuvo en mitad de la calle Main y no volvió a funcionar.

Y tuvieron que quedarse porque no tenían dinero para marcharse de nuevo.

Julia recordó los desagradables comentarios que se hicieron acerca de ellos y cómo la mayoría de la gente les hizo el vacío. Salvo una minoría que los adoptó como obra de caridad. No fue un comienzo fácil para ellos, y cada uno lo manejó a su manera.

Kree adoptó una actitud exageradamente descarada, levantó su puntiaguda nariz bien alta y se negó a aceptar que no podía formar parte de la comunidad. Luchó por conseguir aceptación y popularidad.

Pero Zane nunca quiso formar parte de todo aquello.

Había personas que decían que de no ser por Bill, que le ofreció trabajo en el taller, primero como aprendiz en sus ratos libres y después como ayudante a tiempo completo, habría acabado en la cárcel igual que su padre. Y en cuanto adquirió la suficiente experiencia en el taller, se marchó, dejando Plenty y los rumores sobre Claire Heaslip atrás.

Y, por lo que parecía, desde entonces había estado de un lado a otro.

Pero lo que Zane hubiera hecho con su vida no era asunto suyo, se dijo Julia mientras se echaba en la cama. No debía estar pensando en él, sino en Dan, quien antes de marcharse, le había dicho que la llamaría por teléfono a lo largo de la semana.

Desgraciadamente, cuando cerró los ojos y la suave brisa nocturna la envolvió, se dio cuenta de que el pobre dentista no tenía ni una sola oportunidad.

En vez de pensar en él, recordó la fuerza del brazo de Zane cuando lo tocó, el movimiento de sus anchos hombros y el dorado brillo de su pelo bajo la luz del atardecer.

Y con asombrosa claridad, recordó un comentario que él había hecho mientras hablaban.

Mientras enganchaba el coche a la grúa, Zane le preguntó cómo había ocurrido el accidente. Cuando ella le contó cómo había intentado esquivar a las urracas, Zane no la criticó moviendo la cabeza o haciendo algún comentario mordaz, como ella se había esperado. Se limitó a murmurar que los accidentes ocurrían y continuó trabajando.

Julia se durmió con una sonrisa en los labios, pensando en aquel sencillo comentario.

Seis días después, Zane se encontraba delante de la casa de Julia.

El viernes anterior apenas le había echado un vistazo, y en aquel momento entendió el entusiasmo con el que Kree se la había descrito cuando se mudó allí el verano anterior.

—¡No reconocerías la vieja casa de la familia Plummer! —le había gritado a través del teléfono.

Julia había transformado la vieja casa, pintándola de un suave tono azul y rodeándola con un jardín. Zane no era muy bueno haciendo descripciones, pero además de bonita y tranquila, le pareció acogedora.

Se dio la vuelta para observar las demás y vio que aquella no era la única casa que había sido renovada en aquella calle de la zona pobre de la ciudad. Aunque probablemente era la única reformada y habitada personalmente por una mujer que pertenecía a la zona rica, en la parte alta de la ciudad.

Resistió el impulso de mirar en aquella dirección, pero sintió amargura solo de pensar en ello y le hizo desear salir de allí a toda velocidad.

Plenty solo tenía malos recuerdos para él.

Mientras pensaba aquello, sus manos jugaban con las llaves del coche de Julia, y de repente le pareció que la razón por la que estaba allí en ese momento era más bien una excusa. Debería haberle dejado un mensaje en el contestador para que ella recogiera el coche de camino al trabajo. Julia pasaba por delante del taller cada mañana a las nueve menos cuarto. Bajo el uniforme del único gran almacén de la ciudad, su cuerpo se movía de manera tentadora. Zane intentaba no fijarse, pero era una persona de carne y hueso.

Ni siquiera tenía que llamarla por teléfono. Podía decírselo al día siguiente, cuando ella pasara por allí.

Pero había ido a su casa, y ella también estaba. Zane la había visto pasar por delante del taller de vuelta a casa, y algo en su porte, o en el movimiento de sus caderas, o por qué no, en el hecho de que ella no había mirado en dirección al taller, le hizo decidir que le devolvería el coche personalmente.

Además, necesitaba asegurarse de un par de cosas.

Tenía que comprobar que había malinterpretado la caricia de su mano y el mensaje que vio en sus ojos cuando ella lo invitó a tomar una copa. Tenía que comprobar que la impresión que había provocado en sus hormonas no tenía nada que ver con Julia Goodwin, la chica formal que él recordaba. Y por último, comprobar que el hombre del Volvo la esperaba para salir con ella.

Solo necesitaba asegurarse de aquello y seguiría su camino.

Se guardó las llaves en el bolsillo del pantalón, abrió la puerta del jardín y comenzó a atravesarlo, pero de repente un perro blanco y negro apareció a su derecha y corrió hacia él, ladrando y saltando alegremente para darle la bienvenida.

Mientras intentaba calmarlo, Zane no pudo evitar sonreír. Pero de repente, sintió un escalofrío que le recorría la espalda y supo que ella estaba allí, observándolo. Lentamente, se puso de pie, se dio la vuelta y la encontró allí.

Estaba de pie en medio del jardín. La brisa movía su ligero vestido y Zane pensó que parecía una belleza etérea salida directamente de las flores.

Cerró los ojos por un momento y cuando los abrió, Julia se había movido. Mientras caminaba hacia él, Zane inspiró profundamente y se dijo a sí mismo que había sufrido una alucinación.

Julia Goodwin no era una belleza fuera de lo normal. La presión que había sentido en el pecho desapareció y sonrió, diciéndose que no era otra cosa más que alivio. Se sentía aliviado porque la Julia Goodwin que estaba viendo tenía el mismo aspecto de siempre. No se parecía en nada a la sirena con vestido negro de seda del viernes anterior.

Julia se detuvo delante de él. Su sonrisa era indecisa y no lo miraba directamente a los ojos. Zane estaba casi seguro que, de haber podido, ella se habría cambiado de acera.

–Disculpa el recibimiento de McCoy. Se pone un poco nervioso con los hombres.

–¿Con los hombres? –repitió él y sonrió burlesco.

–McCoy es de mi hermano, y cada vez que un hombre entra en el jardín se vuelve loco pensando que es él –le explicó Julia.

Zane acarició la cabeza del perro.

–¿Vienen muchos hombres a tu casa? –preguntó Zane.

–A ver a Kree –contestó ella de inmediato, pero enseguida pareció sentir remordimientos–. No en la forma en que estás pensando, al menos desde que sale con Tagg. Aunque tiene mucho éxito con los hombres. ¡Vaya! –exclamó y se llevó la mano a la boca–. ¿Crees que podría meter la pata aún más?

–Puedes intentarlo sin las zapatillas de estar por casa.

–Sí. Descalza sería más fácil –dijo ella y se rio y movió la cabeza.

Zane recordó su risa, sus pies descalzos y el calor que ella provocó en él el viernes anterior.

Después, todavía riéndose, Julia lo miró directamente a los ojos y solo recordó el calor.

Instantáneo. Ardiente. Intenso.

Justo cuando pensaba que estaba a punto de estallar, Julia apartó la mirada. Se agachó para acariciar al perro y comenzó a hablar sin parar de él.

–A veces le quito la correa para que corra, otros días simplemente paseamos –concluyó y se puso de pie, alisándose una arruga imaginaria en el vestido.

Zane se fijó en que la correa estaba enganchada al collar del perro.

Y sintió una repentina punzada de irritación al darse cuenta de que ella evitaba mirarlo, a pesar de que le estaba bloqueando el camino. Separó las piernas ligeramente y cruzó los brazos sobre el pecho.

Julia frunció el ceño y consultó su reloj.

–Kree no ha llegado todavía. Los jueves sale tarde.

–Lo sé. Hemos comido juntos.

–Puedes esperarla dentro, si quieres.

–¿Te fías de dejarme solo en tu casa?

–¿Por qué no? –preguntó Julia y su mirada, ligeramente perpleja, se encontró con la de él–. Eres el hermano de Kree.

Claro. Confiaba en él por asociación. ¿Por qué se le habría ocurrido pensar que sería por algo personal? Ella no lo conocía. Ni siquiera era capaz de mantener su mirada durante más de un

segundo. Y por la forma en que movía el peso de su cuerpo, continuamente de un pie a otro, parecía que estaría más cómoda en una fosa llena de serpientes.

Debería decirle que no había ido a buscar a Kree. Debería darle las llaves de su coche y marcharse. Había visto lo que esperaba encontrar: a la verdadera Julia, la chica formal.

Pero extrañamente, no estaba del todo seguro de ello. O no quería marcharse.

Aunque pareciera perverso, si ella quería que él se apartara para poder salir a pasear al perro, tendría que decírselo sin rodeos, en vez de mover los pies nerviosamente.

Zane se apoyó contra la puerta de la verja y miró a su alrededor como si por primera vez fuera consciente del jardín.

–Has hecho un buen trabajo.

Ella le dio las gracias amablemente, aunque con reservas. Como si pensara que en realidad a él no le interesaba una respuesta. Aquello lo enfadó aún más.

–Sí. Me gusta. Pero si el viejo señor Plummer estuviera vivo, te perseguiría con una escopeta.

Julia entrecerró los ojos.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó.

–Has cortado su seto.

–Había crecido demasiado y tapaba la vista.

–La intimidad era muy importante para él.

–¡Intimidad! –exclamó Julia y resopló indignada–. Tuve que utilizar una sierra mecánica y un soplete para cortarlo.

–Ese seto era algo fuera de lo normal.

–¡El viejo señor Plummer sí que era algo fuera de lo normal! –dijo Julia, pero no pudo evitar sonreír al pensar en él–. Y no era buen jardinero. Creo que lo único que he conservado es el cedro que hay en el jardín de atrás.

–¿El que está en el rincón del fondo? –preguntó Zane.

–Sí. ¿Por qué lo preguntas?

–Un verano hice un columpio con una rueda de coche y lo colgué allí –explicó él y sonrió al recordar aquello–. Es un buen árbol.

Julia movió la cabeza. Sintió una curiosa mezcla de sorpresa, fascinación y alegría. Además del efecto que aquella sonrisa provocó en su interior.

Movió la cabeza de nuevo.

–No te preguntaré cómo esquivaste el seto y la escopeta.

–No quieras saberlo.

En aquel momento, sus miradas se encontraron. Y aunque sintió calor, era una calidez provocada por un recuerdo compartido, y Julia no tuvo que apartar la mirada, ni escapar. En vez de eso, sonrió.

–¿Quieres verlo?

Al principio, Zane pareció sorprendido, pero después sus labios formaron de nuevo aquella letal sonrisa.

–Sí.

Julia se dio la vuelta rápidamente. No quería que él se diera cuenta de la forma en que su corazón se aceleraba cada vez que sonreía.

Su sonrisa era una de las cosas en que se había fijado en cuanto notó su presencia en el jardín.

Aquel día llevaba una camiseta negra y unos desgastados pantalones vaqueros. Cuando se agachó para acariciar a McCoy, Julia se había fijado en el fuerte y masculino contorno de su

cuerpo.

–No sabía que estuvieras tan familiarizado con esta casa –le dijo Julia por encima del hombro.

–Vivíamos a la vuelta de la esquina. En la calle Docker.

–Lo recuerdo.

–¿De verdad?

–Kree también vivía allí.

–No recuerdo verte por casa.

Se detuvieron a la entrada del jardín trasero, pero Julia sabía que Zane no estaba mirando el árbol. Mientras se agachaba para soltar la correa de Mac, sintió toda la fuerza de su mirada sobre ella.

–¿Me pregunto por qué? –preguntó él.

–¿Por qué crees tú?

–¿Tenías miedo del hermano mayor, quizá?

Julia levantó la cabeza y lo miró.

–Estaba aterrorizada. Pero esa no era la razón. Kree nunca me invitó –le explicó.

Julia vio un destello de amargura en sus ojos y vio cómo apretaba los labios. Sintió la tensión que emanaba de él y la envolvía, sofocando todos los sonidos hasta que lo único que podía oír era su propio corazón. Estaba segura de que él diría algo, retándola a decir por qué nunca había ido a casa de su amiga. Algo que incluyera la palabra «pocilga».

Pero fuera lo que fuera, lo que ardía en sus ojos, permaneció en silencio.

Zane se dio la vuelta y se alejó. Se detuvo delante del árbol con los brazos en jarras mientras inspeccionaba la rueda que ella había colgado de la rama más baja. Después, tiró de la cuerda como para comprobar su fuerza.

Aquel movimiento llamó la atención de Julia y le hizo fijarse en la anchura de sus hombros y en las bronceadas curvas de sus bíceps. Y de repente volvió a sentir lo mismo que cuando lo vio en el jardín.

Mareada y con la boca seca, intentó apartar la vista de él antes de que el corazón se le saliera del pecho.

Necesitando una distracción urgente, recogió un palo y se lo lanzó al perro para que jugara. Oyó las suaves pisadas de Zane acercándose a ella y sintió su cercanía en la piel. Se frotó los brazos con las manos, pero el cosquilleo no desapareció.

–¿Cuánto tiempo se va a quedar? –le preguntó Zane.

–Indefinidamente –contestó ella y tiró el palo de nuevo–. Mitch tenía una casa con jardín, pero cuando se casó, se mudaron a un apartamento y no pudo quedarse con el perro.

–¿No funciona al revés? Me refiero a que primero viene el apartamento y después la casa con jardín.

–El matrimonio de Mitch no es el típico –dijo Julia sin pensar y se mordió el labio–. No me he explicado bien. Los dos viajan mucho, así que no resultaba muy práctico tener un animal y un jardín a los que hay que cuidar.

Zane no hizo ningún comentario, sino que miró a su alrededor, observando el resto del jardín: la caseta de Mac, la jardinera con flores y hierbas aromáticas, el columpio y el cajón de arena.

Julia sintió que Zane se tensaba.

–Kree me dijo que estuviste casada, pero no mencionó hijos –dijo él, mirándola de nuevo.

¿Hijos? Julia tardó un momento en comprender aquel comentario.

–No. Yo no tengo hijos. Todo eso, el columpio, el cajón de arena, el camión de juguete, es de

Joshua.

–¿Joshua?

–El hijo de Mitch y Annabel.

–¿Tampoco pueden cuidar de él?

Aquel comentario disparó el instinto de protección de Julia.

–Solo cuando están de viaje al mismo tiempo, que no es muy a menudo. Y a mí no me importa cuidar de él.

De hecho, le encantaba que Joshua se quedara con ella. Disfrutaba proporcionándole las cosas que no tenía en su casa, como el columpio, el cajón de arena, o jugar con un perro. Era bueno para él quedarse allí de vez en cuando.

Sintiéndose excesivamente ofendida, Julia concentró toda su energía en el brazo para volver a tirar el palo y observó cómo Mac corría frenético detrás de él y desaparecía por un lado de la casa.

–¿Cómo logra salir? La verja parece estar en buen estado.

–Por la parte delantera. No es lo suficientemente alta.

Zane emitió una especie de gruñido y se dirigió hacia un lado de la verja. La estudió detenidamente y después midió la distancia que había entre la verja y la casa.

–Hay tres metros y medio a cada lado –espetó ella–. Estoy ahorrando para vallar la parte de atrás para que no se escape.

–¿No debería estar ahorrando el dueño del perro?

–No creo que eso sea asunto tuyo.

–Tienes razón –dijo él, mirándola con dureza–. Y tampoco debería ser asunto tuyo.

–Es mi verja y mi casa, por lo tanto es asunto mío.

«Fin de la discusión, fin del recorrido turístico por el jardín y fin del paréntesis con Zane O’Sullivan» se dijo Julia. Le estaba destrozando los nervios.

Llamó a Mac con un silbido y se dirigió a la parte delantera de la casa.

–Espera un momento.

Zane alargó el brazo para detenerla y Julia se chocó contra él a la altura de la cintura. Y aunque su vida dependiera de ello, no era capaz de apartarse. No podía moverse. Solo podía pensar en que el brazo de Zane estaba apretado contra su cuerpo.

Aquel pensamiento hizo que se le secara la boca. Aunque quizá fuera porque él estaba demasiado cerca de ella y sin hacer nada por apartarse.

Todos los sentidos de Julia se inundaron por la proximidad de él y por la total quietud de ambos. Parecía que los dos habían dejado de respirar.

Entonces, justo cuando creía a punto de explotar por la presión, la expectación y por no saber qué ocurriría a continuación, Zane movió el brazo, acariciando suave y lentamente su abdomen.

Por el brusco movimiento de la cabeza de Zane, su profunda inspiración y la repentina tensión que endureció todo su cuerpo, Julia se dio cuenta del momento exacto en que él notó el pendiente del ombligo.

Y por la expresión de asombro en su cara.

En cualquier otra situación o lugar, le habría resultado cómica. Pero no en aquel momento. Zane estaba demasiado cerca de ella y podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y del lugar donde la había tocado.

Era más que calor. Era fuego.

Julia cerró los ojos y se imaginó la mano de Zane acariciando su vientre. Habría jurado que

sintió el roce de su dedo dando vueltas alrededor de su ombligo y después bajar hacia abajo. Todo su cuerpo pareció reaccionar acaloradamente.

–¿Tienes un pendiente en el ombligo? –preguntó Zane sorprendido.

Julia parpadeó para salir de aquel sensual y acalorado aturdimiento y sintió cómo Zane bajaba la mirada rápidamente hacia su vientre.

Tragó saliva y se humedeció la boca.

–Sí –fue todo lo que se le ocurrió decir.

¿Debería explicarle cómo se sintió el día que firmó los papeles del divorcio? ¿Cómo le explicaría la sensación agitación y de temeridad que sintió? ¿Cómo había decidido hacer algo totalmente impropio de ella para marcar el comienzo de una nueva vida?

Claro que la nueva Julia no era distinta de la vieja. Nunca era capaz de ponerse ropa que dejara el ombligo a la vista. Al igual que no era capaz de explicar por qué se lo había puesto ni por qué continuaba llevándolo.

–Fue un capricho –le dijo y se encogió de hombros–. Será mejor que me marche. Ponte cómodo. Kree no tardará mucho.

–No he venido a ver a Kree.

Seguía estando demasiado cerca, cortándole el camino y haciéndola sentirse acalorada y molesta. Julia bajó la mirada en busca de alivio... justo cuando él se metía la mano en uno de los bolsillos delanteros del pantalón.

¡No debería estar mirando en aquella dirección!

–Te he traído tu coche.

Julia levantó rápidamente la mirada hacia las llaves que colgaban de su mano. Aquello era en lo que debería haberse fijado al mirar su bolsillo. No en otras cosas.

–Supongo que ahora te debo dos invitaciones –dijo ella.

Zane tardó un instante en contestar. Lo suficiente para que Julia se diera cuenta de que la ligereza con la que había intentado hablar no había hecho nada por relajar el cargado ambiente que los rodeaba.

–Creía que habíamos acordado que no era una buena idea –dijo él con tranquilidad.

–Tú dijiste eso.

–Había un hombre esperándote junto a tu puerta.

–Yo no lo invité –dijo Julia y a pesar del escalofrío que recorrió todo su cuerpo, aguantó su mirada sin vacilar–. Y hace un rato me ha llamado por teléfono para invitarme a cenar, pero no he aceptado.

–¿Y?

Julia se humedeció los labios y vio cómo Zane seguía aquel gesto con la mirada.

–Que quizá quiera pagarte la invitación que te debo.

–Ya sabes dónde encontrarme.

–¿En el bar Lion?

–Sí –dijo él y torció la boca en una mueca–. Pero los dos sabemos que Julia Goodwin no se dejaría ver ni muerta en un turgurio como ese.

Y antes de que pudiera tan siquiera pensar en una respuesta, Zane le dio las llaves y se marchó.

Capítulo Tres

A Julia le habría gustado ser ella quien hubiese dicho la última palabra, y haberse marchado a continuación. Le habría gustado que hubiese sido él quien se hubiera quedado en el jardín, perplejo. Pero aquel tipo de situaciones no eran su punto fuerte.

Además, marcharse de aquella manera era de mala educación, y Julia siempre era educada.

Pero aquello no le impidió desear... o intentar pensar en algo ingenioso para contestarle. Cuando volvió de su paseo con Mac, se dio cuenta de que no era posible. ¿Cómo se le iba a ocurrir algo lo suficientemente ingenioso como para rematar la reacción de Zane cuando vio el pendiente del ombligo?

Julia lo recordó de pie, bajo la tenue luz del jardín, con el aturdimiento reflejado en sus ojos de color gris plateado, la atónita expresión de su cara, y sintió que su cuerpo prácticamente vibraba con una desconocida sensación de poder y placer. Porque ella, la amable y educada Julia Goodwin, había dejado atónito al chico más malo del instituto de Plenty.

Era una sensación embriagadora y la hizo sentirse fuerte en el sentido más femenino.

¿Sería lo suficientemente fuerte como para entrar en el bar Lion, sentarse a su lado e invitarlo a una copa? Probablemente no. Pero no por ello dejó de disfrutar con aquella fantasía.

Ni siquiera la visión de la señora Herzig, esperando para abalanzarse sobre la primera persona que pasara junto a su jardín, estropeó aquel momento.

–Hola, cielo. Ya veo que vienes de pasear al perro.

La fantasía de Julia desapareció al tiempo que su anciana vecina se apoyaba sobre la verja, con evidentes ganas de charlar.

–Sí. Hemos ido hasta la casa de Maisie y después hemos dado media vuelta –la informó Julia.

Al ver que la señora Hertzig no le hacía ningún comentario acerca del jardín, como era habitual, Julia se dio cuenta de que tenía algo más en la cabeza. Y como Kree siempre decía, la señora Hertzig nunca se guardaba las cosas mucho tiempo. Siempre las aireaba para el dominio público.

–No pude evitar fijarme en que tenías compañía hace un rato –dijo finalmente, y por la forma en que pronunció la palabra compañía, Julia se dio cuenta del significado–. Y si no me equivoco –continuó la anciana–, era el chico salvaje de O’Sullivan.

Julia pensó que *chico* no era la palabra que mejor describía a Zane, a no ser que fuera acompañada de *malo*.

–¿Ha venido a ver a su hermana?

–Sí, y...

–¡Menudo sinvergüenza! ¿Crees que es una buena idea dejar que entre a tu jardín, querida? No creo que tus padres lo aprobaran. Desde luego, tu madre no habrá olvidado la ventana que le rompió en la oficina.

–Ha crecido desde entonces –dijo Julia, pero la señora Hertzig ya la no escuchaba.

Para ella, todos los delitos cometidos en Plenty durante los últimos veinte años podían

achacarse al chico salvaje de O'Sullivan.

Aquello era demasiado.

–¡Señora Hertzig! –dijo Julia con firmeza–. Zane ni siquiera vivía en Plenty cuando ocurrió aquello.

–Puede conducir, ¿no? –replicó la anciana y volvió de nuevo a su cantinela.

Julia frunció el ceño. Le molestaban aquellos rumores a los que ella nunca había prestado atención.

Entonces escuchó el sonido del teléfono y se despidió de la señora Hertzig.

Mientras se dirigía hacia la casa, sintió la ofendida mirada de la anciana sobre su espalda, pero no se sintió culpable.

Kree ya habría llegado a casa, y si no, saltaría el contestador automático, así que no había necesidad de correr a contestar, pero no quería seguir escuchando historias acerca de Zane, sobre todo las que habían sido completamente tergiversadas.

Cuando llegó al porche, el teléfono dejó de sonar.

–¡Si es para mí, estoy en casa! –gritó Julia mientras abría la puerta.

La cabeza de Kree, que aquella semana se había teñido de color rojo fresa, apareció por la puerta del cuarto de estar.

–Es Chantal.

Desde el día de la fiesta a la que no fue, Chantal había adoptado una actitud distante con Julia. Y se volvería aún más fría en cuanto se enterara de que Julia no había querido salir con Dan.

–Yo me ocupo de Mac –ofreció Kree, al tiempo que le pasaba el auricular. Después, le guiñó un ojo–. No digas nada que yo no diría.

Eso suponía muchas posibilidades para Julia. Se sentó en una silla y se llevó el auricular al oído.

–Hola, hermana. ¿Qué tal va todo?

Cuando Kree volvió un rato después, Julia seguía sentada en el mismo sitio.

–¡Menudo pieza es este perro! ¿Sabes lo que ha...? –empezó a decir Kree, pero se detuvo al ver la expresión en la cara de Julia–. ¿Qué ocurre? ¿Tus padres están bien? ¿Han tenido un accidente?

–No. No es nada de eso –contestó Julia e intentó sonreír, pero fracasó, así que fijó la vista en el suelo–. ¿Sabes quién es la prima de la esposa de Paul, que trabaja en el mismo despacho de abogados que Chantal?

–¿Janet Harrington?

–Le ha dicho a Chantal que Paul va a tener un bebé.

–¡Vaya! –exclamó Kree y se pasó las manos por el pelo–. ¿Cómo ocurrió?

–Supongo que de la forma habitual.

Kree no se rió ante aquella pretendida broma, sino que miró a Julia con consternación.

–¿Cómo te sientes?

–No lo sé. ¿Cómo debería sentirme? Ya no es mi marido. Tiene una esposa nueva y por lo que parece, han decidido formar una familia.

–Lo cual no significa que no puedas sentir algo.

–De acuerdo. Quizá me sienta un poco... no lo sé...

–Julia. Estuviste casada seis años con ese desgraciado, y no te dio nada que mereciera la pena.

Ella lleva casada seis minutos y le da un bebé. Tienes derecho a sentirte engañada.

«Engañada». ¿Describía aquella palabra lo que sentía? ¿Describía la extraña sensación de vacío, el agujero negro emocional que suplantaba su reacción?

Quizá debería sentirse engañada por su aparente falta de sentimientos. Algo más palpable como una punzada de celos, o el amargo sabor del arrepentimiento sería más apropiado.

Un bebé era lo único que, desesperadamente, había deseado de su matrimonio, pero Paul había querido que esperaran unos años. Había insistido en ello.

Dentro de poco cumpliría treinta años, y no tenía perspectivas de experimentar la alegría de llevar un bebé en su interior, de dar a luz y ser madre.

—¿Y si no puedo tener hijos, Kree? ¿Y si nunca los tengo?

Su voz sonó tan vacía como se sentía ella, pero sus ojos debieron reflejar una huella de dolor o una súplica, porque Kree se sentó junto a ella.

—Cielo, no pienses eso. ¡Si ni siquiera lo has intentado!

—Cuando quiera hacerlo, mis ovarios se habrán arrugado.

—Probablemente —dijo Kree, pero su sonrisa y el abrazo que le dio, estaban cargados de compasión—. ¿Para qué quieres un bebé? Puedes cuidarme a mí, y ya sabemos que puedo ser muy inmadura.

Julia no pudo evitar sonreír.

—Y si piensas que no tener un bebé es una tragedia, imagínate si lo hubieras tenido con Paul el Petulante. ¿Y si el niño hubiera salido a su padre? Imagínate a tu ex marido en versión infantil. ¡Menudos berrinches! —dijo Kree, exagerando un escalofrío—. Estás mejor sin el hijo de ese hombre.

Kree la abrazó un poco más antes de soltarla y ponerse de pie. Estarse quieta no estaba en su naturaleza. Como tampoco el pensar demasiado en el pasado.

—Ya es suficiente. Me apetece tomar una copa. ¿Me acompañas?

—No.

—Vamos —insistió Kree—. Nos preparamos algo exótico y después hablamos sobre tu vida sexual.

Julia hizo un gesto de impaciencia con los ojos.

—Es verdad. No tienes vida sexual; algo a lo que tendrás que buscar una solución si quieres tener ese hijo que tanto deseas.

—No tengo intención de salir y acostarme con el primero que se me cruce, si es lo que intentas decirme. Sabes que no es eso lo que quiero.

—Sí. Lo sé. Solo digo que si te pasas la mitad de tu vida aquí sentada, no vas a encontrar a tu príncipe azul. Tienes que salir más a menudo, divertirte, besar algunas ranas...

—Ya he conocido suficientes ranas —dijo Julia.

«Simplemente no las he besado».

—Sí, desde luego tu hermana parece conocer a unas cuantas.

Al ver que Julia se había animado ligeramente, Kree se agachó y le tiró de la coleta.

—Ya que no quieres probar un cóctel nuevo, ¿por qué no pruebas un color de pelo nuevo?

Julia movió la cabeza.

—Vamos, Julia. Es justo lo que necesitas. Podría arreglártelo mañana después del trabajo. Un bonito corte, unos reflejos rojos... y para la noche serías una mujer nueva.

No era la primera vez que Kree le suplicaba a Julia que le dejara arreglarle el pelo, pero era la primera vez que Julia lo consideraba.

«Una mujer nueva al anochecer». A Julia le gustó cómo sonaba aquello.

Pero después de un rato, Julia negó firmemente con la cabeza.

¿En qué estaría pensando?

–Lo siento, Kree, pero me gusta mi pelo tal cual.

Kree la observó en silencio durante un instante. Sus azules ojos estaban extrañamente sombríos.

–De acuerdo. ¿Pero te gusta tu vida tal cual?

–No lo sé –admitió Julia.

–Entonces no haré planes para mañana por la tarde.

Durante toda la noche y a lo largo del día siguiente, Julia no pudo dejar de pensar en la pregunta de Kree.

Había ciertas cosas en su vida que eran muy importantes para ella. Su casa y la estrecha relación que mantenía con su familia, sus amistades, su posición en la comunidad.

Pero si estuviera realmente satisfecha, no se habría pasado la mitad de la noche en vela, pensando en los demás aspectos de su vida.

No aceptaría citas a ciegas con la esperanza de encontrar otro marido; no sentiría aquel vacío cada vez que pensaba en un futuro sin marido y sin hijos; y desde luego no estaría fantaseando con la idea de ser una mujer nueva al anochecer. La última vez que empezó a pensar de aquella manera, acabó poniéndose un pendiente en el ombligo.

¿Acaso era malo? ¿Quería seguir llevando la etiqueta de chica formal para siempre? ¿O quería sentir el vibrante estímulo que proporcionaba el provocar los murmullos escandalizados?

¡Ojalá pudiera pensar en respuestas con la misma facilidad que pensaba en preguntas!

Cuando llegó la hora de cierre del gran almacén y se encaminó hacia casa, Julia seguía sin encontrar las respuestas.

A medida que se acercaba al taller de Bill, su pulso se aceleró y tuvo que hacer acopio de voluntad para no mirar hacia la entrada de los coches ni hacia la entrada del taller. Pero podía haberse ahorrado el esfuerzo.

Zane no estaba en el taller, estaba en la calle, hablando con el conductor de un llamativo coche rojo. Sorprendida de encontrarlo allí, Julia se detuvo en mitad de la calle.

Sintió que el tiempo se detenía al fijarse en la postura de Zane, que tenía una mano sobre el techo del coche y daba pequeños golpes con los dedos. Como siempre, su pelo reflejaba con fuerza el brillo del sol. Se fijó en el fuerte contorno de sus brazos desnudos, y como siempre, le pareció tan atractivo, tan masculino y tan deslumbrante, que tardó unos segundos en asimilar todo lo demás.

Aquel *todo lo demás* la devolvió dolorosamente al tiempo real. El conductor con el que parecía estar tan a gusto era una mujer... una mujer que parecía tan llamativa y rápida como su coche.

Una mujer así no dudaría en entrar a un bar e invitar a un hombre a una copa, sobre todo si aquel hombre se parecía a Zane O'Sullivan.

Algo se revolvió en su interior. Algo que la empujaba ser una mujer nueva al anochecer, de manera que dio media vuelta y sin dejar de repetir mentalmente aquella cantinela, se dirigió hacia el centro comercial.

Cuando entró en la peluquería y se sentó en una silla, Kree se quedó atónita.

–Dime que estoy alucinando.

–No quiero verte cerca de mí con tijeras –dijo Julia con seriedad–. Y si insistes en el color rojo, de acuerdo, pero solo reflejos.

Kree insistió en el rojo y Julia se alegró.

Se observó en el espejo del cuarto de baño de su casa por vigésima vez y movió la cabeza para ver cómo las capas dibujaban un arco antes de caer sobre sus hombros.

Mientras lo hacía, se rio en voz alta. Al principio simplemente por alegría, pero después se rió al recordar el momento en que Kree le había revelado el color.

Páprika.

Julia había saltado de la silla, con los ojos abiertos de par en par, horrorizada.

–Eso suena a naranja –había dicho ella.

–No –le había contestado Kree mientras la hacía sentarse de nuevo–. A lo que suena es a fuego.

¿Daba ella esa imagen? Julia entrecerró los ojos para mirarse con más objetividad. La mujer que la miraba desde el espejo desde luego no se parecía a Julia Goodwin.

–¿Y qué harás? –le había preguntado Kree al ver la fascinada expresión de su amiga–. ¿Vas a salir en busca de ranas con tu nuevo *look*?

Las dos se habían reído estrepitosamente con aquel comentario. Después Kree había intentado convencerla para que fuera con Tagg y con ella a una discoteca en Clifton. Pero Julia había declinado la invitación, aunque no le dijo la razón.

Sintió un revoloteo en el estómago.

Solo le quedaba decidir qué ponerse para ir al bar Lion. Inspiró profundamente y abrió el cajón donde Kree guarda los cosméticos.

Zane miró furioso su coñac doble, como si fuera la causa de su mal humor, aunque sabía que no era así. Tampoco era culpa del hombre que se había sentado a su lado, pero no pudo evitar hacerle trizas cuando intentó entablar conversación.

Con los hombros encogidos, miró furioso por encima de su copa y se dio cuenta de que el camarero se apartaba de la barra al pasar a su lado, mirándolo de la misma manera que si mirara a un perro salvaje.

«Un hombre sabio» pensó Zane y gruñó mentalmente.

Estaba de mal humor porque no quería estar allí, en aquel bar, y menos aún en Plenty. Daba igual cuánto tiempo pasara, la ciudad no cambiaría nunca, como tampoco lo que él sentía.

Era un intruso, objeto de sospecha y caridad no deseada, atrapado en un lugar al que nunca podría pertenecer.

Miró a su alrededor y movió la cabeza con asco. ¿A quién buscaba?

La única persona a la que le gustaría ver entrar por la puerta estaría en su casa de muñecas haciendo punto, o arreglando el jardín. O entreteniéndolo a hombres que conducían Volvos.

Daba igual que la hubiera provocado a propósito para ir allí. No lo haría.

Podía ir a su casa, golpear su bonita puerta azul y exigir respuestas a las preguntas que daban vueltas en su cabeza. Como por qué se había comprado una casa en la zona pobre de la ciudad, o por qué no podía permitirse poner una valla para el perro. O por qué se había hecho el agujero en el ombligo.

Quería preguntarle qué otras anomalías se escondían tras aquella imagen de chica formal.

Pero tampoco lo haría, porque lo único que podría levantarle el ánimo no eran las respuestas a unas preguntas que no tenía derecho a hacerle, sino sexo. Ardiente y sin complicaciones.

Quizá tuviera alguna oportunidad si dejara de gruñir a todas las mujeres que miraban en su dirección, que habían sido unas cuantas en la última hora.

Pero se dio cuenta de que aquello no cambiaría su estado de ánimo, no quería acostarse con cualquier mujer. Podría pasarse toda la noche bebiendo coñac, hasta que le saliera por las orejas, y seguiría pensando lo mismo. Así que antes de que empezara a pensar en la mujer con la que sí le gustaría acostarse, sacaría su desgraciado pellejo de aquel bar.

Se terminó el coñac de un trago, colocó las manos sobre la barra y cerró los ojos mientras el licor caía con fuerza en su estómago. Cuando los volvió a abrir, miró directamente al espejo que tenía delante, y fue entonces cuando vio a Julia entrar por la puerta.

Zane fue consciente de tres cosas al mismo tiempo: ella se había puesto un vestido negro, se había hecho algo en el pelo y él no se marchaba a ninguna parte.

Julia miró a su alrededor lentamente, como si buscara a alguien entre la multitud. En cuanto ella lo vio, Zane supo que lo buscaba a él y mientras se dirigía hacia él, sintió que su cuerpo se incendiaba.

Mientras se acercaba, Julia miró directamente al espejo y al ver que él la estaba observando, sonrió.

Zane sintió que aquella sonrisa le atenazaba el pecho. Debería haber sonreído él también, pero la tensión que paralizaba todos sus músculos lo hizo imposible. La observó caminar los últimos cinco metros hasta llegar a la barra y detenerse.

—Ya era hora—dijo él de manera cortante.

Julia parpadeó y su sonrisa se desvaneció, pero mantuvo la mirada fija en él. A través del espejo.

—¿Qué estás tomando?

—Coñac.

—¿Con qué?

—Con coñac.

Julia se metió en el estrecho hueco que había entre los dos taburetes y se inclinó sobre la barra. Mientras intentaba captar la atención del camarero, Zane aprovechó para observarla y averiguar por qué su cuerpo reaccionaba de manera tan extravagante cada vez que la veía.

Se fijó en que el vestido negro era en realidad una falda y un *top*. En comparación con la escasa ropa que llevaban las mujeres que iban a aquel bar, resultaba bastante soso. No era algo que despertara la libido de un hombre.

Se fijó en cómo la falda se estrechaba contra sus caderas, sin ser demasiado estrecha, y le llegaba hasta la mitad de las pantorrillas. Por supuesto, su libido notó la delgada costura de su ropa interior, marcando suavemente sus caderas, y sintió que empezaba a acalorarse.

Asqueado por su reacción, se obligó a levantar la vista hacia su blusa sin mangas. No había nada sexy en una blusa, pero en aquel momento Julia se inclinó un poco más hacia delante y el borde de la blusa se subió, dejando a la vista una delgada franja de suave piel.

Aquella visión lo acaloró aún más y sintió ganas de aullar.

Zane miró hacia arriba y vio que ella lo estaba observando. Por la expresión de sus ojos, la leve coloración de su cuello y la rígida sonrisa que se dibujaba en sus labios, supo que ella se había dado cuenta de qué había estado mirando él.

–Parece que el camarero no quiere acercarse por aquí.

–Eso es porque lo he asustado.

Julia no entendió lo que había dicho porque en aquel momento la banda de música, que se había tomado un descanso, comenzó a tocar de nuevo.

Se encogió de hombros y se inclinó hacia él.

–¿Qué has dicho? –le preguntó y se apartó para que él pudiera responderle.

Al oído. Zane sintió que se le secaba la boca al pensar aquello. Lentamente, se inclinó hacia ella y Julia se curvó, ofreciéndole su cuello y su oreja.

Zane tragó saliva y le apartó un mechón de pelo. Era la única excusa que tenía para acariciar su suave textura, y se dio cuenta de que era tan sedoso como parecía.

Pero de repente recordó la razón por la que ella le había permitido acercarse tanto.

–He dicho que he asustado al camarero.

Julia asintió y los dos volvieron a sus posturas normales. Pero Zane supo en aquel momento que ella había sentido lo mismo que él y que estaba recordando las mismas cosas; la forma en que sus brazos se habían tocado, piel contra piel, calor sobre calor; la forma en que su falda había rozado los muslos de él y después, cuando ella se apartó, cómo se había agarrado a sus pantalones.

Zane vio que Julia se sonrojaba ligeramente mientras volvía a intentar captar la atención del camarero. Sin su roce, sentía que le faltaba algo. No quería beber más. Quería sentirla cerca, estrecharse contra sus caderas, deslizar los dedos entre su pelo y besar su cuello.

La agarró de la mano y la acercó hacia él. Julia abrió los ojos de par en par, sorprendida, y por un momento Zane no pudo hacer otra cosa más que dejarse llevar por su increíble mezcla de verde y gris y un cálido castaño. Después, tomó un mechón de pelo entre sus dedos y se estrechó contra ella.

–Olvida las copas –gruñó él–. Vamos a bailar.

Capítulo Cuatro

A Julia le encantaba bailar.

En casa, cuando estaba sola, solía tomar prestadas las cintas de música de Kree para bailar.

Así que cuando Zane le propuso salir a bailar, no puso ninguna objeción. Aunque tampoco él le dio la oportunidad de negarse.

Mientras se acercaban a la pista de baile, Julia sintió que la excitación, el entusiasmo y la euforia le aceleraban el corazón.

¡Sí! Quería bailar. Quería mover las caderas y el trasero, mover los brazos como Kree le había enseñado. Quería agitar su cabeza al ritmo de la música hasta que su pelo se incendiara bajo los *flashes* de las luces.

Quería bailar hasta olvidarse de mujeres con coches rojos, de besar ranas y sobre todo, quería bailar hasta olvidarse de Paul, bebés y lugares vacíos y huecos en su cuerpo que quizá nunca se llenarían.

La banda comenzó a tocar un clásico de la música *rock* y Julia sintió que el ritmo de la canción acompañaba el ritmo de su corazón, retumbaba en sus venas y ponía su cuerpo en movimiento. Moviò la cabeza y su pelo dibujò un arco en el aire.

Julia se reía, giraba y movía los brazos al ritmo de la música, y a través de una cortina de pelo, veía a Zane, mirándola casi tan perplejo como cuando descubrió el pendiente de su ombligo. Y se sintió fuerte.

Aquello era exactamente lo que necesitaba y volvió a reírse.

Zane cerró el espacio que había entre ellos, acercándose cuando ella dejó de saltar, y le levantó el pelo de la misma forma en que lo había hecho en la barra.

Cuando los dedos de Zane rozaron su cuello, Julia sintió un escalofrío de excitación.

Dejó de ser consciente de todo lo que la rodeaba mientras él inundaba sus sentidos con su cercanía, su olor y la presión de sus dedos sobre su cuello.

Zane inclinó la cabeza, acercándose a su oído.

—¿Qué te divierte tanto?

Julia sintió la respiración de Zane contra su piel; el dedo con el que le acariciaba el lóbulo de la oreja. Y a alguien que se estrelló contra ella, empujándola con fuerza contra él.

Durante un rato no fue capaz de respirar. Su cabeza daba vueltas, embargada por las sensaciones. Sus muslos se apretaban contra los de Zane, sus pechos se estrechaban contra el duro torso de él, mientras la sujetaba por los hombros. Ella tenía las manos alrededor de su musculosa cintura, justo donde la camisa se metía dentro de los vaqueros.

Donde quiera que se tocaran, sentían calor. Un calor que derretía los huesos.

Julia inspiró profundamente, pero en vez de oxígeno, sus pulmones se llenaron con los olores de la camisa limpia del hombre y su sudor, y un deseo puro y primario invadió sus sentidos. Quería abrazar su cuerpo, ocultar su cara debajo de aquella camisa y saborear el intenso placer del contacto de sus dos cuerpos.

Como si compartiera los mismos pensamientos, Julia notó que el cuerpo de Zane se tensaba, y supo que estaba a punto de romper el abrazo.

La decepción se apoderó de ella mientras él se apartaba lo suficiente para que sus manos se deslizaran y sus ojos se encontraran.

–No me has dicho de qué te estabas riendo –dijo Zane cuando terminó la canción.

–De mí, bailando. No es algo que haga a menudo –contestó ella y movió el brazo señalando todo el local–. No de esta manera.

–Ya te dije que este sitio no era tu estilo.

Aquello no era a lo que Julia se refería, al menos no como él lo había interpretado. Pero antes de que pudiera contestar, las luces se apagaron y solo quedó una pequeña bola de espejos iluminando la pista.

Una guitarra tocó los acordes iniciales de la siguiente canción. Una balada...

Julia sintió que el pulso se le aceleraba, completamente desacompañado con la canción, y notó la mano de Zane en su espalda, guiándola hacia el borde de la pista.

«¡No!», se dijo Julia y se dio la vuelta con tanta rapidez que Zane estuvo a punto de chocarse contra ella.

No fue capaz de mirarlo a los ojos, ya que tenían una expresión fría y hermética. Pero sobre todo porque estaba a punto de contarle una pequeña mentira. Así que centró la mirada en su pecho y cruzó los dedos de las dos manos.

–Esta canción es más de mi estilo.

–¿Quieres bailar *esta* canción? –preguntó él despacio.

–Sí.

Aquel momento de total quietud y súplica le pareció una eternidad a Julia.

«Baila conmigo, Zane. No te marches, por favor».

Julia notó que él suspiraba, como si hubiera estado aguantando la respiración. Después, murmuró algo en voz baja y ronca, pero a Julia le pareció que era una respuesta afirmativa. Sobre todo cuando sintió las manos de él sobre sus hombros y después deslizándose por su espalda, acercándola hacia él.

Cuando, por el roce de sus muslos, notó que él empezaba a bailar, ella deslizó las manos por su pecho, hacia su cuello y las entrelazó. Después, suspiró aliviada.

Con una pequeña sonrisa de satisfacción, Julia apoyó la mejilla contra el pecho de Zane y se dejó llevar por la música.

Habían pasado dos años desde que se divorció de Paul, tres desde que él la dejó. Pero había pasado mucho más tiempo desde que estaba tan cerca de un hombre.

Pensó que no era normal sentirse tan bien, de forma tan instantánea e intensa, pero parecían acoplarse a la perfección.

Cerró los ojos y tarareó la canción, que aunque nunca le había gustado especialmente, en aquel momento deseó que no terminara. Cuando la letra de la canción le imploró que se sujetara con fuerza, ella enredó los dedos en el pelo de Zane y obedeció. Y cuando se terminó, no quería soltarlo. Quizá no lo habría hecho nunca si Zane no lo hubiera hecho por ella.

Lentamente, Julia parpadeó para enfocar de nuevo su mirada y devolver su mente a la realidad.

La pista de baile se vació excepto por una pareja que había cerca de ellos. Completamente ajenos a lo que sucedía a su alrededor, se quedaron allí, pecho contra pecho... y boca contra boca.

Julia sintió una traicionera oleada de calor en sus orejas, en su cuello y en su estómago. Sintió que Zane la observaba y estudiaba su cara con aquella aguda mirada. Y supo que él comprendía lo

que ella quería.

«Quería que la besara».

Cuando deslizó la mirada hacia su boca, Julia se dio cuenta de que él también lo deseaba.

Zane levantó la mano hacia ella y le acarició la mejilla con los dedos, provocando un delicioso escalofrío por todo su cuerpo.

–¿Quieres que salgamos de aquí? –le preguntó él.

«Cuanto antes».

Pero antes de que Julia pudiera dar voz a aquel pensamiento, unas voces la interrumpieron. Al escuchar su nombre por segunda vez, las reconoció.

–¡Julia! ¡Eres tú! Yo decía que eras tú, pero Kerrie decía que no podía ser que estuvieras en este bar. ¿Quién se lo habría imaginado?

Desde luego que Mel McLaren y Kerrie Hall no.

Julia dedicó una lánguida sonrisa a sus compañeras de trabajo, aunque ellas no se dieron cuenta porque estaban demasiado ocupadas observando a Zane.

Sin dejar de mirarlo, Mel continuó hablando.

–Tenemos una mesa grande junto al escenario. ¿Queréis sentaros con nosotros?

Julia se aclaró la garganta.

–Teníamos un hueco en la barra...

–¡Que evidentemente, desapareció a los dos segundos de que os levantarais –interrumpió Kerrie–. No había tanta gente aquí desde la fiesta del cambio de milenio.

–¿Venís? –insistió Mel.

A juzgar por la hermética expresión de Zane, Julia se dio cuenta de que era ella la que tendría que manejar aquella situación.

Se mordió el labio. Si admitía que estaba a punto de marcharse con Zane O’Sullivan, todo Gracey, el gran almacén donde trabajaba, lo sabría a las nueve y cinco de la mañana del día siguiente, y unas pocas horas más tarde, lo sabría todo Plenty.

Pero ella quería marcharse con él, antes de que el valor la abandonara.

–No tenía intención de quedarme mucho rato –dijo Julia finalmente y miró a Zane en busca de ayuda.

–No cuentes conmigo –dijo él de manera cortante–. Gracias por el baile.

Zane dio media vuelta y se marchó, dejando a Julia como centro de atención.

–¿Has bailado bien apretada con el calavera de O’Sullivan?

–¡Gracias por habernos presentado!

Mel parecía sobrecogida y Kerrie molesta. Y por una vez, a Julia no le importó lo que pensarán los demás.

Se quedó allí, observando cómo el calavera de O’Sullivan se alejaba, dejándola abandonada, y se sintió... engañada.

Sí. En aquella ocasión el adjetivo encajaba a la perfección. No se había tomado tantas molestias para que la abandonara a los cinco minutos de estar bailando.

–Anda, siéntate con nosotras, caja de sorpresas –le imploró Mel, mientras entrelazaba un brazo en el suyo.

Pero Julia se libró de él amablemente.

–Lo siento, pero no puedo quedarme. Mi turno empieza temprano mañana.

Al principio, cuando salió por la puerta, pensó que lo había perdido, pero enseguida se fijó en la sombra de un movimiento, en las escaleras que llevaban a las habitaciones del hotel.

Vio una figura que salía de una sombra hacia un foco de luz en el descansillo del segundo piso y la sorpresa se sobrepuso a la creciente irritación que la había lanzado en su busca.

¿Se hospedaba allí?

–Zane.

Estaba a la mitad del segundo tramo de escaleras cuando se detuvo paralizado.

–Cuando sugeriste salir de aquí, pensé que te referías a los dos.

Julia no levantó la voz, pero sonó clara y fuerte. Sonaba como la voz de una mujer que sabía exactamente lo que estaba haciendo, no como la de una mujer cuyo estómago daba vuelcos aterrorizado.

Julia no lo escuchó, pero por su lenguaje corporal, supo que Zane había suspirado.

–Vuelve dentro, Julia. Vuelve con tus amigos.

–No son mis amigos. Son compañeras de trabajo, con las cuales no quiero quedarme. Sobre todo cuando lo único que quieren es interrogarme acerca de ti.

–¡Ah!

Al oír aquella respuesta, que no decía nada, Julia sintió que su irritación crecía y se encontró a sí misma cruzando el patio para mirarlo furiosa.

–Por el momento, no tengo nada que contarles.

–Diles que te mandé de vuelta a casa, donde deberías estar.

El tono cortante y desdenoso de la voz de Zane la hirió, pero la insinuación de que no tenía derecho a estar allí la enfureció aún más.

Hasta aquel momento, Julia siempre había pensado que no tenía genio, pero había aflorado y la obligó a hablar.

–¡Tengo tanto derecho estar aquí como cualquiera de vosotros!

En el interior, la banda comenzó a tocar de nuevo y Julia no oyó su respuesta. Si es que había respondido.

Sintió que la frustración le recorría la sangre.

Odió la luz que había allí afuera, porque ocultaba las reacciones de Zane; odió estar al principio de las escaleras y tener que doblar el cuello para mirarlo; y odió cómo tendría que levantar la voz para que la escuchara.

–Me marcharé... si bajas aquí y me contestas una pregunta.

Zane tardó un momento en reaccionar. Cuando lo hizo, se encogió de hombros, murmuró algo que Julia no logró entender y bajó las escaleras.

–¿Y bien? –preguntó él, prácticamente gruñendo.

Cuando él ladeó la cabeza, Julia captó el brillo de sus ojos. Reflejaban cautela, pero había algo más en su mirada. ¿Cansancio? ¿Aprensión?

Julia se rio ante aquella última posibilidad. ¿De qué podía tener miedo él?

–¿Te hospedas aquí?

–Sí.

–¿Por qué? Creía que estabas en casa de Bill.

–Él siempre me ofrece quedarme en su casa, pero ni un enano dormiría cómodo en su sofá.

Julia se dio cuenta de que Zane se estaba dando la vuelta, como para marcharse. Sin pensárselo, se inclinó hacia él y le agarró del brazo.

–¿Adónde vas?

–A mi habitación. A la cama. Dijiste que sería una pregunta y ya he contestado tres.

Julia sintió que un gruñido se formaba en su garganta.

–¡Ninguna era *la pregunta* y tú lo sabes!

Con exagerada lentitud, Zane bajó la mirada hacia su brazo, que Julia aún sujetaba con la mano. Ferozmente.

–Lo siento. No me había dado cuenta. Lo siento de veras –se disculpó Julia, sintiéndose horrorizada por no haberse dado cuenta de que le estaba apretando el brazo con tanta fuerza.

Aflojó la mano y le acarició la piel donde le había clavado las uñas.

–¿Cuál era la pregunta? –preguntó él con suavidad.

Julia hizo acopio de valor, cruzó los dedos para darse suerte y esperó no estar a punto de ponerse en evidencia.

–¿Por qué cambiaste de opinión?

–¿Sobre qué?

–Sobre lo que fuera que estabas pensando cuando me preguntaste si quería salir de allí.

Zane fijó la vista en su boca y Julia sintió un cosquilleo en los labios y calor en el estómago.

–No era mi cabeza la que estaba pensando en aquel momento –admitió Zane.

Si hubiera usado la cabeza, no habría bailado con ella, ni se habría permitido pensar que tenía alguna posibilidad. Y no se habría sentido tan decepcionado cuando aparecieron sus compañeras de trabajo.

–No has contestado a mi pregunta.

–Sí lo he hecho. Y si no te ha gustado mi respuesta, lo siento mucho.

–*Eso* no ha sido una respuesta. ¿Por qué no me hablas sin rodeos, Zane? Ya soy mayor, y puedo encajar la verdad –le recriminó ella–. Si no estabas interesado en mí, ¿por qué me hiciste creer lo contrario? ¿Por qué me mirabas como si no pudieras esperar a poner tus manos y tus labios sobre mí?

Las palabras salieron a trompicones de la boca de Julia, y Zane se dio cuenta de que se arrepentía de haber hablado de aquella manera al ver cómo abría los ojos de par en par y dejaba caer la mandíbula, aunque rápidamente volvió a cerrar la boca con fuerza.

¡Eso en cuanto a hablar sin rodeos!, pensó Zane y curvó los labios, formando una cínica sonrisa. Lo siguiente que haría sería disculparse y morderse el labio, y aquello si que lo...

–Siento haber dicho eso.

–¿Por qué? –preguntó él, dando un paso hacia ella–. ¿Qué pasa con lo de hablar sin rodeos?

Julia se mordió el labio y dio un paso hacia atrás.

Aquello lo provocó. Zane continuó avanzando mientras ella retrocedía, y cuando la tuvo contra la pared, apoyó las manos contra el muro, una a cada lado de su cabeza.

–¿Es eso lo que quieres, Julia? ¿Que ponga mis manos sobre ti?

Él deslizó los dedos entre su pelo y se lo apartó del cuello. Miró sus maravillosos ojos, que parecían brillar según su estado de ánimo.

En aquel momento brillaban con deseo.

–¿Por eso me has seguido hasta aquí? –susurró él con la voz ronca–. ¿Quieres sentir mi boca sobre ti?

El ahogado susurro de súplica que resonó en la garganta de Julia era lo más sexy que Zane había oído. Así que puso allí su boca. Sobre su piel, tan pálida que parecía brillar bajo la luz fluorescente.

Aquel simple roce de sus labios contra la piel de Julia encendió la mecha de su deseo.

Sacó la mano de entre su pelo y le acarició el labio antes de agachar la cabeza. Pero se detuvo a escasa distancia de sus labios porque quería saborear la anticipación que sentía.

Necesitaba saber que era capaz de controlarse...

Un gemido impaciente resonó en la garganta de Julia. De repente, lo sujetó de la camisa y apretó su boca contra la de él.

Una boca suave en su cálida bienvenida y al mismo tiempo fuerte en sus demandas.

Zane abrió la boca y rápidamente encontró el ángulo perfecto para saborear su calor y su deseo. Cuando su lengua tocó la de ella, Zane gimió y la apretó contra la pared. Sintió una profunda satisfacción primitiva por todo su cuerpo, algo más fuerte que las exigencias físicas que le hacían apretarse contra ella.

Porque ella parecía desear aquel beso tanto como él.

Julia acariciaba su espalda incansablemente. Él le acarició los labios con la lengua y ella enrolló una pierna alrededor de su muslo.

Y en aquel instante, la puerta que tenían a su izquierda se abrió con fuerza.

Zane apenas tuvo tiempo de sorprenderse, era una salida que casi no se utilizaba, antes de que un ruidoso trío se dirigiera hacia el patio.

Zane gruñó descorazonado, pero Julia lo tomó como una señal de aliento e intentó recuperar sus labios.

Zane había conseguido librar su camisa de alguno de los dedos de Julia y estaba intentando acallar sus protestas, cuando uno de los borrachos se detuvo.

—¿Quién está ahí? —preguntó. Miró hacia ellos y después se dirigió a su amigo—. ¡Jeddo! Aquí hay gente.

Más tarde, mientras caminaban hacia la casa de Julia, Zane se disculpó por haberle gritado durante la pelea con los tres hombres.

—Lo siento. No debería haberla tomado contigo, no era culpa tuya. Pero cuando de repente te vi, intentando razonar con aquellos borrachos... No debería haberte puesto en una situación en la que te vieras obligada a hacerlo.

—No recuerdo que los obligaras a salir allí. Tampoco a mí. Yo elegí salir a buscarte, Zane.

Él sonrió sarcásticamente.

—Una mala elección, ¿verdad?

—La verdad es que no —dijo ella y sonrió—. Me lo he pasado bien.

—¿Incluyendo el final?

—Sí. Nunca había presenciado una pelea de bar.

—No deberías haber estado en una situación...

—¿Quieres dejar de sentirte responsable por eso, por favor? —pidió Julia, y lo miró avergonzada—. Quizá debería disculparme por haberme abalanzado sobre ti en la forma en que lo hice.

—Fue... inesperado.

—Sí. Me sorprendió a mí misma. No es una actitud propia de mí.

—¿De una chica formal como tú?

—De lo que estoy segura es de que no soy una chica mala.

—Llevas un pendiente en el ombligo —dijo él, mirándola de reojo—. Si fue un capricho pasajero, ¿por qué sigues llevándolo?

Era observador. Julia siempre lo había sabido, probablemente incluso desde el instituto, cuando él la ponía nerviosa con tanta facilidad. No se le escapaba nada. Era capaz de leer en su interior como si fuera un libro abierto, y de ver más de lo que ella quería mostrar.

En aquel momento llegaron a su casa, y Julia se volvió para mirarlo con una sonrisa.

Él no sonreía. La calle estaba en silencio y todo lo que ella oía eran los fuertes latidos de su corazón.

Zane levantó la cabeza como si también estuviera atento a los sonidos, dio un paso hacia atrás y Julia sintió que el pánico le inundaba el pecho. No quería que se marchara y que la noche terminara en aquel punto.

–¿Te apetece entrar... a tomar café? –le preguntó e intentó sonreír de manera burlona, pero resultó forzada y poco natural.

–No bebo café.

–Lo sé.

Algo se cruzó rápidamente en la mirada de los ojos de Zane, pero no supo qué era.

–Me marcharé pronto. Cualquiera día de estos.

–Lo sé –repitió ella con suavidad y, a pesar del calor que hacía aquella noche, Julia sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

Pero aquel era el centro de la cuestión. Toda la excitación de aquella noche surrealista; no le interesaban los otros días, ella deseaba a Zane O’Sullivan en aquel momento. Para los demás días escogería a un hombre seguro, sensato y responsable.

Julia desvió la mirada de sus ojos y observó la marca que empezaba a resaltar en la mejilla de Zane, resultado de un puñetazo durante la pelea.

–Puedo echarte ungüento en la cara, así que, ¿por qué no pasas de todos modos?

Capítulo Cinco

–Voy a poner agua a calentar y después iré a por lo que necesito.

–¿Qué necesitas?

Julia se detuvo en su marcha hacia la cocina, inspiró profundamente y se giró para mirarlo.

Zane estaba de pie en el recibidor. Desde que entraron en la casa, no se había movido de allí. El marco azul de la puerta enmarcaba el fuerte contorno de su cuerpo, sus hombros parecían abarcar de una pared a otra. Detrás de su brazo izquierdo, Julia apenas pudo distinguir uno de los ganchos del perchero de porcelana.

Julia pensó que tenía el aspecto que ella había imaginado, aquella primera noche, cuando él la llevó en la grúa, de vuelta a Plenty; grande, ancho, masculino y completamente fuera de lugar.

La intensidad de su mirada volvió a provocarle otro escalofrío y de repente, Julia se dio cuenta de que aquella pregunta no se refería a los artículos de primeros auxilios...

En el hotel, Julia había estado completamente segura de lo que quería. Cuando llegaron al jardín de su casa, una ligera duda la había asaltado, aunque seguía estando relativamente segura. Pero en aquel momento...

¿Debería decirle que se había equivocado? ¿Podía pedirle que se marchara, sin más?

Julia desvió la mirada y se detuvo sobre el rasguño de su mejilla.

–Tienes que ponerte algo en la mejilla –le dijo.

–¿El qué?

–Cuando Joshua comenzó a correr, se hacía heridas en las rodillas todos los días, así que tengo ungüento y gasas.

Zane torció la comisura de la boca.

–¿Y funciona?

Julia sintió un gran alivio, aunque no tenía derecho a ello, con aquella muestra de humor, así que sonrió.

–No estoy segura. Supongo que el tercer ingrediente es el que hace la magia.

–¿Cuál es?

–Un beso mío para que se cure.

Como no se había relajado del todo, aquel tonto comentario la sorprendió casi tanto como su actitud agresiva en el hotel. Así que dio media vuelta y se marchó a la cocina.

«Relájate. Puedes hacerlo. Te gusta invitar a gente a tu casa. La hospitalidad es tu punto fuerte», se dijo Julia.

–¡Pasa! –gritó ella por encima de su hombro—. Ponte cómodo.

Zane pasó al cuarto de estar, pero decidió ignorar la segunda parte de su ofrecimiento. En vez de eso, se quedó de pie en medio del cuarto de estar, con las piernas separadas y los brazos en jarras, haciendo que la habitación pareciera un sitio incómodo.

–Estoy preparando té, por si te apetece. ¿O prefieres una copa? Aunque no creo que tengas mucho donde elegir. Desde luego no tenemos coñac –le informó Julia mientras abría la puerta de

la nevera y echaba un vistazo al interior—. Hay media botella de vino y, si tienes suerte, Kree quizá haya dejado alguna cerveza... ¡Aquí está! La última.

Con una brillante sonrisa en los labios, Julia le enseñó la botella y él asintió.

—Me tomaré la cerveza.

Julia dejó la botella sobre la mesa que dividía la cocina y el cuarto de estar porque consideró que sería más seguro que dársela directamente en la mano.

Julia volvió a sobresaltarse.

El silencio de Zane la estaba poniendo nerviosa, así que cruzó la habitación y encendió el equipo de música de Kree.

A cada paso que daba, Julia sentía tanto su intensa mirada como la respuesta acalorada de su propio vientre.

—¿Dónde está Kree?

—En Cliffton. Ha ido a pasar el fin de semana a casa de Tagg.

Julia no había pensado en ello, pero las implicaciones que aquello suponía tensaron aún más el ambiente de la pequeña habitación. Resultaba insoportable.

—Voy al cuarto de baño por las cosas que necesito —dijo Julia—. Enseguida vuelvo.

Cuando llegó al cuarto de baño, Julia tuvo que apoyarse en el lavabo mientras inspiraba profundamente para relajarse.

Después, suspiró y levantó el brazo para abrir el pequeño armario donde guardaba las medicinas. Cuando abrió la puerta, la mitad del contenido del armario se cayó al suelo.

Julia movió la cabeza y se agachó para recoger las cajas y los paquetes, que resultaron ser todos de Kree. El orden no era el punto fuerte de su compañera de piso.

Cuando recogió todo, Julia alargó la mano hacia el final de la balda de en medio y encontró lo que estaba buscando. Sacó el ungüento y las gasas, y estaba a punto de volver a colocar lo que se había caído cuando su mano se cruzó con un paquete al fondo del todo.

Al ver la pequeña caja negra, sintió que se le secaba la boca y que se le aceleraba el pulso.

Se había olvidado por completo...

Zane tiró el resto de la cerveza por la pila. La verdad era que no le gustaba la cerveza más de lo que le gustaba el café. La verdad era que no le apetecía beber nada; aquella no era la razón por la que había entrado en la casa.

¿Entonces, por qué lo había hecho?

Aquella era una pregunta tonta, teniendo en cuenta el ofrecimiento de Julia de entrar a tomar café. Su cuerpo se había tensado al instante. Incluso mientras su mente le aconsejaba que no lo hiciera, su rígido cuerpo le gritaba lo contrario.

«¿Ella quiere echársete encima y tú estás pensando en marcharte a casa?»

Pero no conseguía acostumbrarse a la idea de Julia Goodwin echándose encima de nadie. Desde el principio, Zane la había etiquetado como la típica mujer virtuosa, cauta y tranquila. ¡Maldita sea! Estaba seguro de que ella era de ese tipo de mujer.

Sin tener en cuenta el pendiente del ombligo.

«¿Y la forma en que bailaba?». «¿La forma en que besaba?».

Zane podía aceptar que se había equivocado al dar ciertas cosas por supuestas, basándose en su aspecto y en cómo se había criado. Era exactamente lo mismo que le ocurría a él con aquella ciudad, que lo juzgó veinte años atrás y no estaba dispuesta a cambiar de opinión.

Zane se sentía desconcertado y no estaba seguro de hasta dónde quería llegar.

Tardó en encontrar el cubo de la basura, para tirar la botella, porque Julia lo había cubierto con una tela, con estampado de flores.

Zane pensó que por fuera, Julia era igual que el camuflaje del cubo, suave y florida, pero debajo escondía una caja de sorpresas.

Aquella noche había mostrado una fuerza interior que a Zane le resultaba casi tan seductora como su pálida y perfumada suavidad.

En el bar Lion, mientras lo miraba desde el pie de las escaleras, sus ojos habían rezumado ira. Pero no había gritado. Ni había agitado los brazos en el aire, ni había pateado. Apenas había levantado un poco la voz.

Perseguía lo que deseaba con suave tenacidad.

La forma en que fue al bar a buscarlo, en que lo convenció para bailar aquella balada, la forma en que lo había besado... Todo aquello indicaba que ella lo deseaba.

Y cuando lo invitó a pasar a su casa, no se había andado con remilgos. Pero en cuanto cerró la puerta, fijó aquella falsa sonrisa en su cara y comenzó a comportarse como la anfitriona perfecta.

Obviamente ella había visto el aspecto que él le daba a su bonita casa, y se lo había pensado dos veces. Probablemente, en aquel momento estaría sentada sobre el borde de la bañera, mordiéndose el labio, intentando pensar en una excusa amable. Porque la educación no le permitiría decírselo directamente.

«Me equivoqué. No quiero acostarme contigo».

Zane sintió que su estómago daba un vuelco al pensar aquello. No iba a darle la oportunidad de hacerlo.

La anticuada bañera con patas de Julia era tal y como Zane se la había imaginado... solo que Julia no estaba sentada en el borde. Estaba junto al lavabo, descalza y de puntillas, intentando guardar algo en el armario.

Zane se dio cuenta de que ella no lo había oído llegar, lo cual le gustó, porque así podría observar, tranquilamente, la línea de su cuello, la prominencia de sus pechos y la pálida piel de su espalda que quedaba a la vista.

Debió de hacer algún ruido, probablemente gruñó debido a la repentina presión de sus vaqueros, porque ella se dio la vuelta, obviamente sorprendida. También estaba nerviosa, porque se le había caído la caja que tenía en las manos, tirando otras dos mientras intentaba recogerla. La primera rebotó en el borde del lavabo y cayó a los pies de Zane.

Abrió los ojos de par en par, se sonrojó y comenzó a hablar sin parar acerca de lo desordenada que era Kree.

Zane se agachó a recogerla y la dejó sobre un mueble, y fue entonces cuando se dio cuenta de lo que era.

Preservativos.

Julia recogió la caja y la guardó. Después, se agachó a recoger el resto de las cosas que había tirado, y las guardó ordenadamente.

—Las cosas de Kree —le dijo ella.

Podía haberle ahorrado aquella evidencia de la vida sexual de su hermana pequeña, aunque se alegró de comprobar que tomaba precauciones.

—¿Por qué te da tanta vergüenza si son de Kree?

–¿Por qué asumes que son suyos? –le preguntó Julia, pero antes de que pudiera contestar, ella levantó la mano, se encogió de hombros y suspiró—. No te molestes en contestar. Es obvio que no estoy acostumbrada a manejarlos.

Zane de repente la imaginó tocando, estirando, desenvolviendo...

Tuvo que aclararse la garganta antes de poder hablar.

–Así que son de Kree.

–En realidad son míos.

Si su cara continuaba sonrojándose, pensó Julia, tendrían que mandar a los bomberos. ¿Cómo se había metido en aquella conversación? ¿Y cómo podía salir de ella? se preguntó mientras se peinaba el pelo con los dedos y cuadraba los hombros.

–Los compré hace algún tiempo y los guardé para los días lluviosos –dijo Julia y decidió que no daría más explicaciones—. ¿Querías algo? ¿Necesitas utilizar el cuarto de baño?

–Vine a ver por qué tardabas tanto –le explicó él y miró hacia el botiquín—. Y a ver si ya estabas lista para jugar a las enfermeras.

Su tono de broma debería haber calmado los nervios de Julia, pero como al mismo tiempo él dio dos pasos hacia delante, pareció llenar el poco espacio que quedaba disponible.

Quizá, si pudiera sentarse, en vez de estar de pie, tan cerca de ella...

Julia le ofreció el taburete.

–¿Por qué no te sientas?

–¿Quieres que me sienta en algo tan pequeño? –preguntó él y lo observó como si estuviera juzgando si soportaría su peso.

«Quizá tenga razón», pensó Julia.

–¿Qué tal en el borde de la bañera?

Zane dudó, pero se sentó. Estiró las piernas, de manera que Julia tuvo que pasar por encima de ellas para tomar el ungüento de encima del lavabo.

Con consternación, ella se dio cuenta de que tendría que colocarse entre ellas para poder aplicárselo.

Quizá si pensaba en él como una versión grande de Joshua...

No. Aquello era demasiado para su imaginación. Lo que tenía que hacer era mantener su mente ocupada, quizá un poco de conversación trivial ayudara.

–Sobre la decoración –comenzó a decir ella y buscó un sitio donde dejar la tapa del frasco del ungüento.

–Dámelo –dijo Zane y la colocó sobre uno de sus muslos.

–¿La decoración? –repitió él.

–No te gusta, ¿verdad?

–Digamos que no es lo que yo habría elegido.

Julia, que había estado ocupada echándose ungüento en un dedo, levantó la vista y se encontró con un brillo burlón en los ojos. Aquello parecía marchar bien, pensó ella y sonrió. Al menos era mejor que los angustiosos silencios.

–Pero va contigo –continuó él.

–¿En qué sentido?

–Es bonita. Suave. Femenina.

–No estoy segura de cómo tomarme eso. Esta noche pretendía dar una imagen totalmente distinta.

–Sí –dijo él y su torcida sonrisilla alteró el ritmo cardíaco de Julia—. Debe de ser duro ser una

chica formal.

–¡Dímelo a mí! –bromeó ella e hizo un gesto de impaciencia con los ojos que provocó las carcajadas de Zane.

Aquella risa era letal, pero es que aquel hombre tenía muchas cualidades que podían causar estragos en una mujer, pensó Julia. Solo estar cerca de él ya era un peligro para la salud, y cuando pensó en el ungüento que debía aplicarle...

La cabeza de Julia se llenó con todo tipo de imágenes. Todas implicaban sus dedos, la crema fresca y la caliente piel de Zane.

Cuando Julia levantó la mano hacia la cara de Zane, estaba temblando... hasta que la mano de él se disparó hacia arriba como un rayo y la sujetó de la muñeca.

–No necesito eso –dijo él con la voz ronca.

–Vaya.

Julia de repente fue consciente del aura de intensa energía que fluía del cuerpo de Zane, y sintió que la envolvía, llenando su cuerpo con incansable calor. Sin embargo, se sentía paralizada, como si estuviera atrapada por un invisible campo de energía. Sintió los labios repentinamente secos y se los humedeció.

–Supongo que tampoco querrás una gasa, ¿verdad? –le preguntó Julia.

–No –dijo él y el silencio que siguió estaba cargado de expectación–. Lo que necesito es el mágico tercer ingrediente.

Con el corazón a mil por hora, Julia pensó en la elección de palabra. *Necesitaba* su beso, y mientras se encontraba con su mirada, ya libre de burlas, se imaginó aquella necesidad llamándola, y cada solitario y vacío lugar de su cuerpo, respondiendo.

Aquellos pensamientos eran peligrosos e intentó borrarlos de su cabeza.

–No –dijo ella, pero los pensamientos seguían allí.

Zane malinterpretó aquello.

–Sí –insistió y tiró de ella hacia abajo.

Julia cayó sobre sus muslos, contra su duro torso y comenzaron a besarse.

Zane ladeó la cabeza y Julia abrió la boca, invitándolo silenciosamente a que entrara.

Julia pensó que se besaban con la misma sincronizada armonía con la que habían bailado. Sus lenguas se deslizaban la una contra la otra, sus labios se buscaban para acoplarse, se mordían el uno al otro, provocándose.

Julia murmuró su aprobación cuando Zane deslizó la boca hacia su mandíbula, cuando le mordió suavemente el lóbulo y le acarició el cuello. Después, volvió a besarla mientras deslizaba las manos sobre sus caderas y continuaba hacia abajo. Hasta el borde de la falda.

Entonces las metió por debajo.

Julia sintió las ásperas palmas de Zane acariciando la parte trasera de sus muslos. Durante un rato, no hizo otra cosa.

Un calor erótico invadió el cuerpo de Julia. Un exquisito placer le cortó la respiración y ella arqueó la espalda, sujetándose en sus hombros. Y cuando las manos de él comenzaron el sensual ascenso, Julia sintió que el deseo le atenazaba el estómago. Agarró su camisa, la sacó de los pantalones, y entonces... ¡sí! Sus manos estaban sobre la piel de Zane, sobre sus músculos, sobre su ancha espalda.

Zane la acercó más hacia él, colocándola sobre su regazo, y el beso se convirtió en un salvaje apareamiento de sus bocas y sus lenguas, y sus respiraciones entrecortadas.

Cuando Julia sintió la rígida evidencia del deseo de Zane, se volvió loca.

Interrumpió el beso para arrancarle la camisa con manos frenéticas.

Sin sentido, desesperada, frenética, Julia se detuvo un momento para asimilar las manos de Zane en su cara, sujetándola con calmante fuerza hasta que ella se detuvo por completo.

Los ojos de él reflejaban deseo y se clavaron en ella. Como si Julia fuera el centro de su atención, de sus pensamientos y de todo su ser.

Julia sintió una extraña ambivalencia; la ralentización del tiempo y el embotamiento de su conciencia externa no encajaban con la rapidez con la que su sangre fluía por sus venas.

–Quiero hacer esto despacio –dijo él con aquella característica voz moldeada por el whisky y el humo del tabaco–. Quiero desnudarte lentamente y observar cada milímetro de tu cuerpo.

Ella vio cómo deslizaba la mirada lentamente hacia abajo, recorriendo sus pechos, y sintió que el sujetador la oprimía. Zane desabrochó el primer botón con dedos expertos, y cuando desabrochó el segundo, impaciente, a Julia se le entrecortó la respiración.

–¿No puedes darte un poco de prisa?

Zane se rio de manera cortante y forzada. Aquella lentitud lo estaba matando.

Desabrochó el tercer botón y contuvo la respiración al ver su ropa interior de encaje rosa.

Zane ignoró la desesperada necesidad que sintió de arrancarle la ropa. Le gustaba manejar a las mujeres con suavidad.

Sus dedos, sorprendentemente firmes, se deslizaron hacia abajo. Quería hacer aquello con paciencia y estilo. Siendo civilizado y quitándole la ropa poco a poco, hasta dejar a la vista su suave y tersa piel...

Su mente se quedó en blanco cuando desabrochó el último botón y deslizó la blusa hacia atrás. Zane había imaginado cómo sería, había soñado con su cuerpo, pero nada lo había preparado para la realidad... ni para su reacción.

No la de su cuerpo, que la daba por sentada, sino cómo las emociones hicieron presa de él.

La piel de las curvas que asomaban por encima del sujetador brillaba resplandeciente. Era una piel de textura tan fina y traslúcida, que Zane podía ver cada venita debajo de la superficie.

Con un dedo, recorrió un trazo azul más visible hasta que desapareció debajo del sujetador, y cuando él acarició aquel lugar con su lengua, Julia gritó de placer y arqueó la espalda.

La necesidad inundó los sentidos de Zane.

Zane necesitaba sostener sus pechos, que se derramaran por encima del encaje rosa, y presionar las palmas de las manos contra sus pezones. Necesitaba lamerla, introducir aquellos pezones hinchados en su boca y alimentarse de sus pequeños gemidos de aliento. Y necesitaba ponerse de pie y apoyarla contra el tocador para introducirse en su calidez y aliviar la dolorosa presión de su entrepierna.

No era suficiente.

La levantó y le separó las piernas para poder moverse entre ellas y acariciarle el interior de los muslos. Pero nada de todo aquello era suficiente. Necesitaba entrar al sitio donde la estaba tocando, a través de sus braguitas de seda, en aquel momento, en la profundidad de su humedad y su deseo.

–Zane.

Julia pronunció su nombre en un suave suspiro y Zane perdió la cabeza. Tenía que hacerla suya antes de despertarse y comprobar que todo había sido un sueño, antes de que ella se diera cuenta de que había cometido un error.

Zane la acarició con más urgencia y sintió la desesperación de Julia en el impaciente movimiento de sus caderas y en la flexibilidad de sus muslos.

Lo único que tenía que hacer era bajarse la cremallera, solo tenía que...

Bruscamente, Zane se echó hacia atrás y movió la cabeza.

«¿Sin protegerla?» «¿En qué estaba pensando?»

—¿Zane?

Julia parpadeó lentamente y finalmente consiguió enfocar la mirada.

Zane sintió las manos de ella sobre sus brazos, acariciándolos inconscientemente mientras deslizaba las manos sobre sus bíceps.

Vio que su mirada se fijaba en algún punto, más o menos a la altura de su hombro derecho, sintió que sus manos se detenían repentinamente.

La tensión dominó la atmósfera mientras ella le apartaba la camisa a un lado.

—Tienes un tatuaje.

Julia hizo aquel comentario en un tono de voz suave ante el descubrimiento, no en un tono cortante y acusatorio como Zane había temido, y sintió que la tensión en su estómago se relajaba ligeramente.

Julia siguió el sencillo dibujo con el dedo, izquierda-derecha-izquierda.

—Los rayos nunca caen dos veces en el mismo sitio, ¿no? —dijo Julia.

La crítica que se reflejó en la sonrisa de ella hizo que Zane volviera a sentir tensión en su interior.

—Te dije que no iba a quedarme en la ciudad.

—Te oí —afirmó ella. Se inclinó hacia delante y apretó los labios contra el tatuaje del rayo—. ¿Te quedarás esta noche?

Zane escuchó la ronquera en su voz y vio que sonreía torciendo la boca, y sintió una aspereza en lo más profundo de su ser.

Debería haber escuchado el aviso de alarma que se disparó en su interior, pero estaba demasiado ensimismado en la seductora sonrisa de la boca de Julia.

Sin apartar los ojos de la cara de él, Julia alargó el brazo hacia el armario que había encima de ella y abrió la puerta. Zane siguió su mano con la mirada y después volvió a mirarla a ella.

—¿Un día lluvioso? —preguntó él.

—Me ha parecido oír que caían algunas gotas.

Zane se rio mientras se acercaba ella.

—¡Está diluviando!

Julia se rio abiertamente y aquel sonido le recorrió todo el cuerpo mientras apartaba algunas cajas para buscar la caja que ella había escondido.

Pareció guiar la caja fuera del armario con la mirada, pero su sonrisa pareció endurecerse unos milímetros. Desde luego tragó saliva. Pero enseguida cuadró los hombros y apuntó la barbilla hacia la puerta.

—¿Vamos al dormitorio?

—¿Estás segura?

—Completamente.

Capítulo Seis

Zane no se entretuvo en encender la luz. Tampoco se dirigió a la cama, porque cuando se detuvo junto a la puerta y vio el asiento junto a la ventana, su imaginación se disparó con las posibilidades que aquello ofrecía.

Quería verla allí desnuda, apoyada en los cojines y arropada únicamente por los visillos de encaje, junto al ramo de rosas que había en el alféizar de la ventana.

Encendió la lámpara de la mesilla de noche para verla iluminada por aquella suave luz, y después la dejó en el asiento, deslizándola hacia abajo en un largo y sensual movimiento.

Julia murmuró su aprobación.

Lentamente, Zane le quitó la blusa y besó su cuello, sus hombros y las curvas de sus pechos. Mientras le desabrochaba el sujetador, notó que ella contenía la respiración y que echaba las manos a su espalda, sujetándole la camisa.

Zane quería sentir las manos de Julia sobre su piel.

–Quítame la camisa –le ordenó.

Cuando los dos estaban desnudos de cintura para arriba, Zane la abrazó y la besó, deleitándose con la presión que los pechos de Julia ejercían sobre su torso; disfrutó con su tacto, su sabor y los gemidos de su creciente deseo.

Le desabrochó la falda y comenzó a bajársela al tiempo que le acariciaba las caderas y el vientre. Cuando sus dedos de repente rozaron el pendiente que Julia llevaba en el ombligo, a Zane se le cortó la respiración.

¿Cómo podía habersele olvidado aquello?

Poseído por una repentina necesidad de ver lo que sus dedos habían tocado, Zane le sacó la falda por encima de la cabeza y la arrojó al suelo. Después, se deslizó del asiento, le separó las piernas para poder arrodillarse entre ellas y se echó hacia atrás para observarla.

Julia tenía el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas por la excitación; sus ojos estaban nublados por el deseo y alguna otra emoción a la que no pudo poner nombre.

Aquella visión lo dejó sin aliento.

Zane bajó la mirada y se detuvo en sus maravillosos pechos, que se movían al ritmo de su agitada respiración. Continuó hacia abajo hasta que encontró lo que sus ojos buscaban, escondido tras las manos de Julia.

Ella entrelazaba los dedos, como si no supiese qué hacer con ellos al estar Zane fuera de su alcance.

En su interior, Zane sintió cómo el deseo y la ternura batallaban según se acercaba a ella y le colocaba las manos de nuevo sobre él; mientras ella enredaba los dedos en su pelo y lo besaba con pasión.

Mientras sus lenguas danzaban una alrededor de la otra y se acariciaban frenéticamente, sus manos se movieron en todas las direcciones, deslizándose, acariciándose, presionando sus cuerpos mutuamente, hasta que Zane se sintió mareado.

–Ya es suficiente –gruñó él, refiriéndose a aquellas provocadoras caricias.

De ella nunca se saciaría.

Cuando Zane agarró las bragas de Julia y se las bajó, ella le bajó la cremallera, dejando libre su excitado miembro. Ella lo acarició, volviéndole loco con la desesperación de sus manos y su voz.

–Por favor, date prisa.

Zane se rio bruscamente mientras buscaba la caja de preservativos.

–Lo hago lo más rápido que puedo –le dijo él.

En cuanto se puso el preservativo, Julia lo envolvió con las piernas, apretando su calor contra él, implorando ser suya.

Zane la echó sobre los cojines y se colocó encima de ella, deteniéndose en el límite de la primera penetración para mirarla fijamente a los ojos y reconocer el momento exacto.

–¡Ahora, Zane! ¡Por favor!

Él entró con fuerza y sintió cómo ella lo recibía, haciendo la penetración más profunda.

¡Como le gustaría quedarse allí! Estaba tan adentro que se sentía como si se fundieran el uno con el otro.

Quizá si no se movía, si se quedaba allí...

Pero Julia se movió con impaciencia debajo de él, levantó la cabeza para morderlo hambrienta y apretó las caderas, colocándolo a él en un ángulo que requirió todo su control.

El poco que le quedaba.

Zane maldijo ferozmente, tomó impulso y volvió entrar dentro de Julia, volviendo a su suavidad y su calor.

Tomó un pecho con su mano y acarició su endurecido pezón con la lengua, y en aquel momento, Julia abrió las piernas y arqueó las caderas hacia arriba, haciendo que Zane la tocara en un lugar tan profundo que la hizo gritar.

–¡Sí! ¡Sí! ¡Ahí! –gimió Julia.

Zane sintió que las gotas de sudor le cubrían la frente mientras se obligaba a salir de ella lentamente, pero Julia movió las caderas impaciente y le clavó las uñas, exigiéndole que continuara.

«Solo una vez más», se dijo Zane apretando los dientes. «Después todo será civilizado».

Volvió a penetrarla, con más fuerza, más deprisa, y cuando tocó de nuevo aquel lugar, ya no pudo parar; no pudo parar al oír cómo ella repetía su nombre una y otra vez, hasta que resonó en sus oídos como una cantinela de promesas y esperanzas.

No pudo detenerse cuando sintió que Julia alcanzaba el clímax, explotando alrededor de él. Sintió que la sangre lo golpeaba en las sienes y no se detuvo hasta alcanzar su propio estallido de placer...

Zane se despertó con la cálida luz del sol en la cara y con las suaves curvas de Julia apretadas contra él.

Durante un soñoliento rato, disfrutó de la excitación que sentía al despertarse. Sabía que solo tenía que besar a Julia para que ella murmurase su aprobación.

Lo sabía por experiencia. Lo había hecho en contadas ocasiones a lo largo de la noche anterior, y ella siempre lo había recibido dentro de su cuerpo, susurrando su nombre durante los excitantes primeros momentos del contacto.

«No es suficiente. Una hora tras otra, y nunca es suficiente».

Aquel repentino pensamiento disparó la alarma en su cabeza.

¿Cómo no iba a ser suficiente una experiencia tan sublime? Debería estar derrotado y seco, en vez de estar pensando en volver a empezar de nuevo.

¿Qué era lo que tenía aquella mujer?

Con cuidado para no despertarla, le acarició suavemente el pelo y se lo apartó a un lado. Y se sobresaltó con desagrado al ver las marcas de su falta de control en la cara, el cuello y los pechos de Julia.

¡Eso en cuanto a civilizado!

Se pasó una mano por la mandíbula y maldijo furioso mientras pensaba en la noche anterior. «Demasiadas veces sin control alguno».

Zane se levantó de la cama y se puso los pantalones vaqueros, recogió su camisa, sus botas y sus calcetines y se dirigió hacia la puerta. Pero antes de llegar se detuvo.

¿Qué estaba haciendo?

Dejó las botas en el suelo y miró la arrugada camisa que tenía entre las manos. Se fijó en las manchas que tenía a la altura del pecho, donde Julia lo había agarrado con los dedos llenos de ungüento, y pensó que lo que debería hacer era lavar la camisa y despertar a Julia con algún detalle, en vez de escabullirse como el perdedor sin principios que aquella ciudad pensaba que era.

Al imaginarse a Julia abriendo los ojos adormilada, indefensa, se dio cuenta de que aquello era lo que quería.

Deseaba sorprenderla. Quizá la llevara a la cama la taza de té que no la había dejado tomarse la noche anterior, y sería un placer besar sus labios cuando se despertara sorprendida.

Zane terminó de vestirse y se dirigió a la cocina. Abrió la nevera, vio que estaba vacía y pensó que tendría que salir a comprar algo para desayunar.

Según salía por la puerta, el sonido de un coche, aparcando junto a la entrada, al otro lado del seto, llamó su atención. Oyó cómo se cerraba la puerta del coche y unos segundos más tarde su hermana apareció en el jardín. Y cuando se acercó a la casa y lo vio allí en porche, la alegría borró la distraída preocupación de su cara.

—¡Zane! ¿Qué estás haciendo aquí?

Sus penetrantes ojos azules se fijaron en la camisa desabrochada y el pelo revuelto, e inmediatamente miró en dirección al dormitorio de Julia. Kree dejó caer su bolsa de viaje al suelo y, acercándose a él con pasos decididos y furiosos, le golpeó en el brazo con el puño cerrado.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —preguntó Kree furiosa.

Zane no supo qué contestar. ¿Estaba furiosa con él por estar allí o porque le parecía que se marchaba?

Decidió que lo mejor era no contestar, y jugar la baza de provocar lástima. Así que se frotó el brazo.

Kree lo observaba, pero sus ojos entrecerrados no reflejaban arrepentimiento. Levantó la mirada y vio el golpe que tenía en la mejilla.

—Espero que haya sido Julia la que te ha hecho eso.

Zane se llevó la mano a la cara y se señaló el golpe.

—¿Por qué...?

—¿Hace falta que lo preguntes?

Sí. Tenía que preguntárselo porque no sabía qué bicho le había picado a su hermana.

–No es asunto tuyo, pero cuando Julia me invitó a pasar la noche, no era para hacer *sparring*.

–¿Julia te invitó a pasar la noche? ¿Y no te resultó extraño?

Zane ignoró la sensación de malestar que sentía.

–La verdad es que no.

–Pues deja que te aclare una cosa. Julia no trae a hombres a casa, ni tiene citas de una sola noche. ¡Está buscando marido, no un revolcón!

–Pues el bar Lion no es el sitio más adecuado para eso.

–¿Fue allí? ¡Díos mío! –exclamó Kree y cerró los ojos–. Así que se tomó en serio lo de las ranas...

–¿Cómo dices?

–Es una broma entre nosotras.

A Zane le invadieron todo tipo de dudas, y no se quedaría tranquilo hasta averiguar qué estaba pasando.

Se acercó a Kree, la sujetó de los brazos y la miró fijamente a los ojos.

–¿Por qué fue Julia al bar Lion? –preguntó él.

–Quizá perdiera la cordura temporalmente –contestó Kree y Zane apretó las manos alrededor de sus brazos–. Ha sido una broma. A medias. Supongo que necesitaba sentirse aprobada como mujer.

–Sigo sin entender qué está pasando, Kree.

–¿Y por qué no se lo preguntas a ella?

–Porque te lo estoy preguntando a ti.

–Resulta que se ha enterado de que su ex marido va a tener un bebé, y se siente vulnerable. ¿Estás satisfecho?

A pesar de las voces de alarma que resonaron en su cabeza, Zane no pudo evitar hacer la pregunta que daba vueltas en su cabeza.

–¿Aún lo ama?

–No.

Zane se sintió aliviado, y sus dudas se disiparon. Pero tenía que averiguar algo más. Si ella ya no lo amaba...

–Entonces, ¿por qué le afecta tanto que su ex marido vaya a tener un hijo?

–Me voy a arrepentir de contártelo –dijo Kree, haciendo un gesto de desesperación con los ojos–. Pero no vas a parar hasta que te lo diga, ¿verdad?

–Exacto.

–Me lo imaginaba –afirmó Kree, e inspiró profundamente mientras Zane aflojaba la presión sobre sus brazos y los acariciaba–. Hubo un tiempo en que sí lo amó. Lo suficiente para desear un hijo suyo por encima de todo. Para ella fue muy duro, pero Paul la convenció para que esperaran. Y ahora, cuando apenas han firmado el divorcio, Paul deja embarazada a su nueva esposa. ¿Cómo crees que se siente?

Zane no quería ni pensar en cómo se sentía Julia. Estaba concentrado en cómo se sentía él: como un pobre infeliz por haber pensado que Julia lo deseaba a él, cuando cualquier hombre con una buena dosis de testosterona habría servido.

¡Incluso pensó que a ella le gustaría verlo allí a la mañana siguiente, llevándole el desayuno a la cama!

¿Es que no había aprendido la lección con Claire Heaslip?

Cuando habló, Zane intentó ocultar la acritud de su tono de voz, pero no fue capaz.

–Debería estar agradecida por no haber tenido ese bebé, porque lo estaría criando ella sola.

–No compares a Julia con nuestra madre –dijo Kree con suavidad–. Julia sería una madre estupenda. Su hijo no se criaría como lo hicimos nosotros.

De eso estaba seguro, pero cualquier niño se merecía tener a sus dos padres. Si no eran como los suyos.

–Sí, pero no hay ningún niño, así que será mejor que lo dejemos.

Kree entrecerró los ojos.

–Supongo que tomaste precauciones, ¿verdad?

Zane dio un paso hacia atrás. No podía creer lo que estaba oyendo. No podía creer que su hermana lo cuestionara en aquel asunto.

Como tampoco podía creer que de repente estuviera rememorando el breve momento de descuido mientras amanecía aquella mañana, justo antes de despertarse por completo y entrar en razón.

Zane sintió que sus mejillas se sonrojaban y notó el calor en su voz.

–No es asunto tuyo.

–Tienes razón. Lo siento –se disculpó su hermana.

–En efecto. Los dos lo sentimos –replicó Zane, pero se arrepintió en cuanto dijo aquellas palabras.

Por la expresión de la cara de Kree, supo que lo había entendido.

–Zane. ¿Qué has hecho?

¡Qué había hecho! Lo enfadado que estaba consigo mismo le hizo contestar más bruscamente de lo que pretendía.

–Me apetecía un revolcón. Algo que últimamente no hago lo suficiente. ¿Satisfecha?

Kree lo miró de hito en hito, pero ella era la que había provocado aquella discusión, así que tendría que escucharlo.

–¿Qué esperabas que te dijera? ¿Qué nos hemos enamorado...?

–Ya es suficiente, Zane –lo interrumpió Kree.

Zane se dio cuenta de que ella tenía la mirada fija por encima de sus hombros y un escalofrío de desasosiego le recorrió la espalda.

Cuando se dio la vuelta, Julia había comenzado a retroceder. Quería volver a su habitación, echarse en la cama y morir.

Pero sus miradas se encontraron y el orgullo hizo que Julia se quedara allí de pie. Levantó la barbilla e hizo un esfuerzo por sonreír.

–Siento haberos interrumpido –dijo mientras abría el mosquitero de la entrada y salía al porche. Julia centró su atención en Kree, lo que la ayudó a mantener cierta calma–. Escuché voces al despertarme y me preguntaba quién estaría aquí. Creía que irías a trabajar directamente desde la casa de Tagg.

–Sí, pero tuvimos una discusión y decidí que podía desayunar el solo –le explicó Kree y se encogió de hombros–. Hablando de lo cual, yo estoy hambrienta. ¿Alguien quiere acompañarme a desayunar?

Kree miró a Julia con preocupación y una pregunta silenciosa en los ojos.

«¿Estás bien?».

–Me encantaría tomar una taza de té –contestó Julia y esperó que su sonrisa pareciera más natural de como ella se sentía.

–¿Y tú, Zane? –ofreció Kree.

–Otro día. Hoy tengo trabajo que hacer.

–¿Un sábado a las siete de la mañana? –le preguntó su hermana con incredulidad.

–Sí.

Julia lo miró y se encontró con una expresión tan fría y carente de cualquier emoción, que le heló los huesos.

Se cruzó de brazos y dio media vuelta para entrar en la casa, pero Zane la sujetó rápidamente del brazo.

«Como un rayo», pensó Julia y posó la mirada con infalible precisión en el tatuaje de Zane.

Recordó el escalofriante presentimiento que tuvo la primera vez que lo vio y pensó que debería haberle hecho caso.

–¿Puedo decirte algo? –preguntó Zane.

–¿Adiós? –sugirió Julia, sonriendo irónicamente.

Vio que algo cambiaba en la expresión de los ojos de Zane.

–Déjanos solos –le dijo a su hermana.

Kree murmuró algo que Julia no logró entender, concentrada como estaba en hacer acopio de fuerzas. Cerró los ojos y escuchó el ruido de la puerta cerrándose detrás de Kree.

Sintió una tensión en el ambiente que le oprimía el pecho, dejándola sin oxígeno, y cuando inspiró para tomar aire, su pecho solo se llenó de recuerdos. Zane estaba demasiado cerca de ella, con la camisa desabrochada, dejando su piel a la vista.

¡No era justo!

Lo único en lo que podía pensar era en apoyar la cabeza contra su torso y abrazarlo. Pero en vez de eso, se abrazó a sí misma.

–¿Tienes frío? –le preguntó Zane.

–No. Bueno, un poco –añadió con sinceridad.

–¿Quieres que nos pongamos al sol?

–De acuerdo.

Se colocaron en el extremo del porche por donde entraba el sol de la mañana y Julia levantó la cara hacia él. Sintió su calor en los párpados y se quedó esperando a que el resto de su cuerpo entrara en calor. Pero no lo consiguió.

Solo sentía la intensidad de la mirada de Zane sobre ella y el peso del prolongado silencio, y no pudo continuar callada.

–¿Qué querías decirme? –le preguntó.

–¿Por qué fuiste al bar, anoche?

Julia se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

–Porque me apetecía salir.

–No digas tonterías, Julia. Nunca habías estado allí.

Julia reconoció el mismo tono cortante que le había oído usar mientras escuchaba la conversación entre Kree y él, y recordó sus palabras.

«Me apetecía un revolcón. Algo que últimamente no hago lo suficiente».

–Quizá buscaba lo mismo que tú –dijo Julia, con una sonrisa desprovista de alegría.

–Kree me ha dicho que estás buscando marido. No creo que sea lo mismo. El matrimonio no está en mi lista de prioridades.

Julia sintió que sus mejillas se sonrojaban.

–No te he pedido que te cases conmigo. No es eso lo que quería de ti.

–¿Entonces qué? ¿El bebé que estás tan empeñada en tener?

–¡No puedo creer que Kree te haya contado eso! –exclamó Julia y se llevó una mano a la sien.

–No ha sido culpa suya. Yo la presioné y me contó cómo te sientes por lo de tu ex marido.

Julia de repente comprendió todo.

–Y tú piensas que salí aposta a buscarte para acostarme contigo y quedarme embarazada.

–Sí. Lo que quiero saber es por qué.

–¡Obviamente por cómo me siento acerca de lo de mi ex marido!

Zane suspiró exasperado y se dio la vuelta.

Julia no pudo evitar acercarse a él, alargando la mano para apoyarla sobre su espalda, mientras pensaba en qué decirle...

¿Qué podía decirle? ¿Que se había acostado con él porque no pudo resistirse y que había experimentado algo completamente nuevo, grande y maravilloso? ¿Que aquella mañana se había despertado pensando que su vida había cambiado?

Zane se dio la vuelta bruscamente y la miró a los ojos con dureza y frialdad, y Julia dejó caer el brazo de nuevo a su sitio.

–¿Por qué yo, Julia? ¿Tengo aspecto de ser un hombre al que le gusta que lo utilicen? ¿Es que a las chicas como tú os gusta aprovecharos de seres inferiores como yo?

Debajo de la aspereza de su voz y de la ira que se reflejaba en su cara, Julia sintió su sufrimiento y se dio cuenta de que tenía que contarle la verdad.

–No te he utilizado, Zane. Fui al bar porque te quería a ti –le explicó con calma.

–Porque querías acostarte conmigo –puntualizó él.

Julia se encogió de hombros. Se sentía incómoda. ¿Cómo iba explicarle que era algo más que eso si no le daba una oportunidad?

–Entonces los dos conseguimos lo que buscábamos –dijo Zane con amargura. Dio media vuelta y se marchó.

Julia no quería dejar las cosas de aquella manera, pero él necesitaba tiempo para calmarse y tenía que ordenar sus pensamientos.

A Julia se le hizo muy larga la mañana en el trabajo, y cuando llegó al taller de Bill, estaba cerrado.

El chico que trabajaba allí de aprendiz no había visto a Zane.

–Pero yo no he llegado hasta las once de la mañana. Pregúntale a Bill, quizá él lo haya visto. Lo encontrará en la parte de atrás. Está comiendo.

Julia se dirigió por el camino que llevaba a la vivienda que Bill tenía detrás del taller.

Llamó a la puerta con fuerza.

–Ya voy. No hace falta... –dijo Bill mientras abría la puerta, pero se detuvo al verla a ella—. Hola, Julia.

–Siento molestarte, pero Grant me dijo que te encontraría aquí.

Bill agitó la mano con despreocupación.

–¿Le pasa algo a tu coche?

–No. La verdad es que quería hablar contigo de otra cosa, si no te importa.

–Por supuesto que no. Pasa –ofreció Bill y se hizo a un lado para que entrara—. ¿Te apetece un café, o un refresco?

–No. Gracias.

Julia lo siguió hasta un diminuto cuarto de estar, atestado de muebles que no casaban los unos

con los otros.

–Por favor, siéntate –dijo Bill mientras apartaba una pila de periódicos y revistas que había encima de un pequeño sofá–. ¿De qué querías hablar? –le preguntó después de sentarse él en una silla.

–Estoy buscando a Zane. ¿No sabrás dónde puedo encontrarlo?

Bill consultó el reloj de la pared antes de contestar.

–Pues a la velocidad a la que conduce, debe de estar a unos cuatrocientos kilómetros de aquí.

–¿Se ha marchado? –preguntó Julia con incredulidad.

–Sí. Antes de salir, se pasó por aquí para avisarme de que se marchaba.

–Ha sido una decisión muy repentina, ¿no?

–Así es Zane –asintió Bill.

En silencio, Julia estuvo de acuerdo.

Lo mismo aparecía y ponía su mundo patas arriba, que desaparecía de improviso dejándolo tal cual.

Por otra parte, Zane le había avisado, en dos ocasiones, que se marcharía, pero ella no había querido aceptar la realidad.

–Supongo que es culpa mía por haberle enseñado todo lo que sé. Lo he convertido en un buen mecánico. Casi tan bueno como yo –murmuró Bill–. Es normal que siempre haya alguien dispuesto a darle trabajo.

–¿Se ha marchado porque le han ofrecido trabajo?

–Un amigo le había reservado un puesto para cuando estuviera de permiso en su otro trabajo. Por eso vino aquí. Tenía una semana libre antes de incorporarse al puesto nuevo –le explicó Bill.

–Entiendo –asintió Julia y sintió cómo sus esperanzas se desvanecían.

No se había marchado repentinamente debido a una emergencia. Había hecho sus planes antes de llegar a Plenty, y sabía que se marcharía aquel mismo día. Pero no se había molestado en despedirse.

–Echaré de menos su ayuda –comentó Bill.

–Quizá deberías ofrecerle trabajo aquí –sugirió Julia con sequedad.

–¿Crees que no lo he intentado? No quiere ni pensar en ello. Esta ciudad tiene demasiados malos recuerdos para él.

Julia habría seguido haciéndole preguntas, pero se dio cuenta de que Bill la observaba extrañado y que empezaría a preguntarse por qué tenía ella tanto interés en Zane. Así que se puso de pie para marcharse.

–Será mejor que me marche. Te agradezco el tiempo que me has dedicado.

–Me gustaría haber sido de más ayuda –dijo Bill mientras la acompañaba a la puerta.

Se despidieron, y Julia se apresuró por el camino de vuelta.

Y no aminoró el paso hasta que, tras recoger a Mac en el jardín, recorrió los tres kilómetros que había hasta el río.

Después, se obligó a sentarse, respirar profundamente y valorar la decepción que sentía.

Pensó que no tenía derecho a sentirse decepcionada. Era ella quien lo había invitado a su casa y a su cama, sabiendo que se iba a marchar, así que no tenía por qué haber esperado otra cosa.

Zane había salido de la ciudad y de su vida, y no había lugar para la decepción. O el arrepentimiento.

Él había sido un maravilloso interludio, una experiencia inolvidable. Además, debería sentirse agradecida, porque él había centrado toda su sexualidad en ella, la había mirado como si fuera el

sol en el centro de su universo, y la había amado como si fuera lo único en su mente, haciéndole sentir cosas que nunca había sentido.

Julia levantó la cabeza. No quería seguir pensando las cosas que Zane le había hecho sentir.

Le bastaba con sentirse fuerte después de haberse sentido débil durante tanto tiempo.

Se había pasado la vida intentando complacer a los demás: a sus padres, a Paul, a Chantal, porque resultaba mucho más fácil ceder a sus voluntades que defender lo que ella deseaba.

Pero la noche anterior había salido en busca de algo que ella deseaba y lo había conseguido. Y si lo había hecho una vez, podía hacerlo de nuevo. Aunque en el futuro buscaría algo menos efímero que una cita de una sola noche.

Cuando se divorció, pensó en montar su propio negocio, pero nunca prosperó porque ella no había tenido la voluntad suficiente para ello.

Quizá fuera el momento de volver a intentarlo. Tendría que pensarlo con detenimiento y dedicarle tiempo, pero quizá resultara más fácil de conseguir que su otra meta.

Porque después de pasar una noche con Zane O'Sullivan, estaba casi segura de que los potenciales maridos que Chantal le presentara, le parecerían más ranas aún.

Capítulo Siete

Julia se quitó los zapatos y se apoyó contra la puerta que acababa de cerrar a su espalda, aunque tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse de pie y no dejarse caer al suelo. Se sentía tan pesada y debilitada que no sabía si sería capaz de volver a levantarse.

Lo primero lo podía achacar a la comilona que Chantal había organizado el domingo de Pascua; lo segundo, se había convertido en su estado habitual, aunque se había acostumbrado.

Durante las últimas siete semanas se había sentido continuamente cansada. Tanto que no había tenido fuerzas para llevar a cabo todos los sueños con los que se había entusiasmado el día que Zane se marchó de la ciudad.

Lo había intentado, pero entre las noches de insomnio y la dura jornada laboral había agotado su cuerpo tanto mental como físicamente, y su entusiasmo había menguado.

Había estado trabajando horas extras, sobre todo los fines de semana, para ahorrar para la valla del jardín.

De todos modos, no le importaba trabajar más, porque desde que Kree decidió dejar su negocio en manos de su ayudante para poder viajar por el Sudeste asiático, la casa estaba demasiado tranquila y vacía.

Además, el trabajo extra junto con el cansancio, eran la excusa perfecta para cuando Chantal la llamaba para proponerle una cita con un posible marido.

Aún no había encontrado fuerzas para decirle a Chantal que no continuase con aquello. Era mucho más fácil dejarse llevar por la corriente que nadar en su contra.

La última vez que se había dejado convencer por su hermana, en un momento en que se sentía débil y sola, para conocer a un pretendiente, había sido un desastre. No debería haber accedido a salir con Tim, y no debería haberse dormido en el coche mientras él la llevaba a casa. Y desde luego no debería haberle dejado que la besara.

Pero cuando primeramente se despertó, desorientada, sus labios se habían sentido solos. Ella se sentía sola. Pero no deseaba los labios de cualquier hombre. Se había encaprichado irremediabilmente de un hombre en concreto en una noche de febrero.

Se presionó el vientre con una mano, pero no consiguió contener una espontánea oleada de euforia. «Aún es demasiado pronto para darlo por supuesto», se dijo a sí misma; el estrés siempre le había trastornado el ciclo menstrual.

Además, no había sentido náuseas, ni mareos. Nada salvo el constante cansancio y una leve intuición.

¿O sería simplemente optimismo?

Al día siguiente iría a Clifton a una farmacia para hacerse la prueba, y por la noche lo sabría.

Hasta entonces, se prohibió a sí misma pensar en lo que aquello podría implicar.

Se apartó de la puerta y se dirigió a la cocina, más por costumbre que por otra cosa. Mientras

atravesaba el cuarto de estar, de nuevo por la fuerza de la costumbre, echó un vistazo al contestador automático y se sobresaltó al ver que la luz parpadeaba, indicando que tenía mensajes. Sintió una vaga sensación de esperanza.

Cada día, desde hacía cuarenta y nueve, su corazón había reaccionado de la misma manera hacia el teléfono, pero al final siempre eran Chantal, o Mitch, o sus padres llamando desde Europa.

Julia decidió que quien quiera que fuera, podía esperar, y se preparó una taza de té de camomila. Después, se acomodó en el cuarto de estar.

Pero la lucecilla no la dejaba relajarse. Cada parpadeo era como una constante llamada de atención, así que finalmente apretó el botón.

En cuanto oyó la ronca voz, todo su cuerpo se sobresaltó, y se tiró el té ardiendo por encima. Maldiciendo en voz alta, corrió hacia la cocina y metió la mano bajo el grifo de agua fría.

Pero pudo escuchar todo el mensaje.

–Kree, ¿para qué tienes un teléfono móvil si siempre lo llevas apagado? Llámame. Es urgente.

Julia escuchó el mensaje otras dos veces, para asegurarse de que había anotado correctamente el número de teléfono. Después, volvió a escucharlo, y escuchó con atención para intentar captar el tono de voz. Zane parecía tenso, pero no por no poder localizar a Kree, sino por alguna otra razón.

Quizá era preocupación, o ansiedad, o... ¿dolor?

Julia miró fijamente el número que había apuntado y su pulso se aceleró de manera frenética.

¿Cómo de urgente sería el mensaje? Quizá ni siquiera sabía que Kree estaba fuera del país, cosa que no sería de extrañar, ya que a menudo se pasaban meses sin llamarse. Julia no entendía cómo podían pasarse tanto tiempo sin saber el uno del otro.

Consultó el reloj de la cocina, se humedeció los labios y descolgó el auricular.

–Voy a decirle a mamá que se ponga.

Julia comprobó el número que había marcado, aunque sabía que no se había equivocado.

¿Por qué había contestado un niño?

Julia oyó que una voz adulta preguntaba quién era.

–Una señora –contestó la niña.

De repente, sintió que su vientre daba un vuelco al pensar en las implicaciones.

En el número que Zane había dejado en el contestador, vivía una mujer con una niña pequeña.

«No te precipites...».

–¿Dígame?

Julia sujetó el auricular con fuerza. Tenía la palma de la mano empapada en sudor.

–Hola. Quería hablar con Zane O’Sullivan.

–No está aquí en este momento, pero puedes dejarme un mensaje.

–Sí. Estoy devolviendo la llamada que le ha hecho a su hermana.

Julia se quedó callada un instante mientras la mujer regañaba a la niña.

–Disculpa –dijo la mujer–. ¿Tienes hijos?

–Aún no.

–Pues te aconsejo que continúes así –contestó, riéndose exasperada–. La hermana de Zane... Kree, ¿no es así?

–Sí. Zane dejó un mensaje en el contestador automático.

–¿Te ha dicho algo sobre su accidente? –preguntó la mujer, que al escuchar el suspiro contenido de Julia, suavizó el tono de voz–. No te preocupes, no ha sido nada serio. ¿Recuerdas la rodilla que se golpeó en el instituto? Pues se la ha vuelto a golpear.

–¿Cómo...? –fue todo lo que Julia logró decir temblorosa.

–Se subió a un árbol para rescatar a Jay, la rama cedió bajo su peso y cayó sobre la rodilla.

–¿Se la ha roto?

–No. Se rompió los ligamentos, pero la operación ha salido bien, así que relájate. Él está perfectamente.

–En el mensaje decía que era urgente –dijo Julia. Inspiró profundamente pero no podía relajarse.

–Como va con muletas, ya no puede trabajar para Gav en el taller y quiere marcharse. Ya sabes cómo es. No quiere ser una carga para mí, aunque me ayuda bastante con los niños mientras yo cuido del bebé –le explicó la mujer–. Tampoco hace falta que haga nada para quedarse aquí. Es el mejor amigo de Gav y todos lo queremos mucho, pero ya lo conoces cuando se empeña en algo. ¡Jay, bájate de ahí, ahora!

Julia se llevó la mano a la sien. Aquella mujer hablaba tan deprisa que le resultaba difícil seguirla.

Le había dicho que tenía tres hijos, incluyendo un bebé y Gav sería su marido. Un amigo de Zane con un taller... quizá estuviera sustituyéndolo mientras disfrutaba de la baja por paternidad.

–Lo siento. ¿Por dónde íbamos?

A través del auricular, Julia escuchó el llanto de un bebé y a la mujer arrullándolo. Aquel sonido atenazó los sentimientos de Julia y los ojos se le llenaron de lágrimas; se puso de pie y movió la cabeza para intentar borrar de su cabeza las imágenes de Zane rescatando al niño del árbol, o sujetando al bebé...

–Puede quedarse conmigo mientras su rodilla se recupera. Iré a buscarlo –dijo Julia.

–Como quieras, cielo. Pero puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera. ¡Jay, no!

–Estás muy ocupada. Creo que será mejor que vaya a por él. Si me das la dirección...

Encontrar la casa fue fácil, pero levantar su pie del pedal del freno para recorrer los últimos cien metros antes de llegar fue lo difícil.

Julia suspiró. Después de conducir durante cuatro horas, necesitaba bajarse del coche, estirar las piernas y relajar la tensión que sentía en la espalda y en el cuello. Aunque la tensión principalmente se debía a la ansiedad, no al coche.

Cuando colgó el auricular la noche anterior, se dio cuenta de que no le había dicho su nombre a la mujer, y cuantas más veces recordaba la conversación, más se convencía de que la había confundido con Kree.

Zane estaría esperando a su hermana. ¿Cómo reaccionaría cuando la viera a ella? Julia no sabía qué esperar o cómo manejaría la incómoda situación.

Había repasado mentalmente la situación un millón de veces; el hermano de su mejor amiga necesitaba ayuda y ella era la única persona que podía prestársela. Kree haría lo mismo por ella si se tratara de Mitch.

Julia ignoró el acelerado latido de su corazón y cuadró los hombros.

–Vamos, Julia. No puedes quedarte aquí sentada para siempre –se dijo a sí misma en voz alta.

Desde el porche delantero de la casa de Gav y Lisa, Zane observaba el coche, que se había detenido a unos cien metros de la casa, con creciente irritación. ¿Lo había ahogado? Zane no reconocía el coche ya que no era el Mazda de Kree, sino un sedán grande. Quizá por eso no se movía. Kree no se manejaba bien con los coches, sobre todo si no los conocía.

Aun así, al menos se le había ocurrido tomar prestado uno más seguro y más cómodo que el suyo. Le daría las gracias por pensar en ello, si es que se decidía a acercarse a la casa.

Zane se dirigió a las escaleras del porche y estaba pensando en bajarlas cuando la puerta de la casa se abrió detrás de él.

–Ni se te ocurra –dijo Gav alegremente y le acercó una silla–. Siéntate y descansa.

–Me voy a pasar todo el día sentado –se quejó Zane.

–Exactamente –apuntó Gav y miró en la dirección en que miraba Zane–. ¿Es tu hermana?

–¿Esperas a alguien más?

–No.

Cuando el sedán finalmente comenzó a moverse, Zane tuvo un extraño mal presentimiento.

–No conozco a nadie con un coche así. ¿Y tú? –preguntó Gav.

–Te duele, ¿verdad?

Zane no se molestó en contestar. Tenía los ojos cerrados y apretaba los dientes.

–¿Quieres que conduzca más despacio? ¿O prefieres que paremos un rato a descansar?

–No. Sigue conduciendo –espetó Zane cuando Julia levantó el pie del acelerador.

«Más deprisa. Cuanto antes salga de aquí, mejor» se dijo Zane.

Aún quedaban tres horas de viaje. Tres horas de educadas preguntas y miradas de reojo. Había intentado fingir que dormía, pero cada vez que ella lo miraba, veía la lástima en su mirada, y aquello era algo que no podía soportar.

Desde el momento en que la vio bajarse del coche, supo que el viaje sería una auténtica tortura.

No se dedicaron palabras de bienvenida, ni sonrisas. Lo único que compartieron fue una compleja mezcla de sensaciones y emociones.

Julia había apartado la mirada rápidamente, pero Zane no fue capaz de borrar los dolorosos recuerdos de su cabeza. Cuando ella le dedicó una sonrisa a Gav, Zane sintió la presión de sus labios contra su cuello, y cuando se rio y vio sus blancos dientes, sintió su suave mordisco en el hombro.

¿Es que su cuerpo nunca la olvidaría?

Zane soportó en silencio las presentaciones, las explicaciones y la invitación que Lisa le hizo a Julia para que se quedara a comer antes de emprender el viaje de vuelta. Mientras, su mente buscaba frenéticamente una alternativa. Pero Julia era la única posibilidad que tenía de salir de allí.

Pero lo último que quería era estar en deuda con ella. Aceptaría que lo llevara de vuelta a Plenty, a casa de Bill, pero aquello no significaba que le gustara.

De hecho, con cada kilómetro que recorrían, se le ocurrían más razones para no gustarle.

Por ejemplo, el motivo que ella había dado para ir a buscarlo.

–Kree es mi mejor amiga. Es lo menos que puedo hacer –le había dicho a Lisa, con sonrisa de mártir.

Y Zane no soportaba que lo trataran como si fuera una misión de caridad.

Aún menos con lástima. ¿Por qué tenía que ser ella?

Zane sofocó un gruñido y se frotó la mandíbula con una mano. De nuevo volvió a sentir la mirada de lástima sobre él.

–¿Quieres un calmante? Tengo agua en...

–No.

–Lisa dijo que...

–¿Es que no entiendes la palabra *no*?

Zane la miró furioso. Era la primera vez que lo hacía desde que tuvo que pasar por la humillación de que ella lo ayudara a subir al coche. Como si fuera un inválido.

Le pareció que estaba demacrada. Parecía más pálida de lo que la recordaba, y tenía ojeras. También vio dolor en sus ojos, antes de que ella volviera la mirada de nuevo a la carretera.

–Siento haberte hablado así –se disculpó Zane.

–No te preocupes. Debes estar sintiendo cada bache de la carretera.

–Este coche tiene buena suspensión.

Julia parecía alegrarse.

–Pues me alegro de haberlo traído. No me gusta conducirlo, pero pensé que estarías más cómodo porque tiene asientos grandes y mucho espacio para las piernas.

Ella deslizó la mirada por sus piernas y Zane sintió que su cuerpo se incendiaba de cintura para abajo. Cerró los ojos, apretó los dientes e intentó concentrarse en su sufrimiento, en odiar la lástima que ella sentía hacia él, y en las posibles razones de su cansancio.

En cualquier cosa menos en la reacción de su cuerpo ante la presencia de Julia.

En aquel sentido, nada había cambiado en las últimas siete semanas.

Cuando, dos horas más tarde, llegaron a Plenty, Zane le dijo a Julia que lo dejara en casa de Bill.

–Ya te dije, en casa de Lisa, que la habitación de Kree está libre, y que a ella le gustaría que te quedaras.

–No quería discutir en casa de Lisa, pero me quedo en casa de Bill.

–¿Vas a dormir en su diminuto sofá con la rodilla así? ¿O pretendes echar a Bill de su cama?

Julia lo miró sin compasión. Sus ojos reflejaban una tranquila fuerza interior.

–Compraré una cama.

–¿Y dónde la vas a poner? Sabes de sobra que no hay sitio en casa de Bill.

Zane apretó las mandíbulas.

–Pues alquilaré una habitación en el bar Lion.

–Tiene muchas escaleras.

–En tu casa también hay escaleras.

–En la puerta trasera, no.

–Entonces iré al hotel nuevo.

–Puedes intentarlo. Pero sé que no tienen habitaciones libres. Están todas reservadas para la convención de Hobbs.

Julia aparcó junto a su casa. Estaba atardeciendo y la calle estaba vacía.

En el interior del coche se hizo un profundo silencio, y Zane sintió que lo dominaba la frustración. ¿Si no era capaz de estar con ella unas pocas horas dentro de un coche, cómo iba a compartir su casa?

Recordó el cuarto de baño, donde, arrodillado entre las piernas de Julia, había tocado aquel lugar húmedo por primera vez...

–Entiendo lo que estás pensando...

–No lo creo.

–... pero no tiene por qué resultar incómodo –continuó ella, ignorándolo. Su tranquilo tono de voz comenzaba a irritarlo más que si se hubiera puesto a gritar–. He preparado la habitación de Kree, y he comprado comida. Yo empiezo a trabajar a las ocho todas las mañanas, y ahora mismo estoy trabajando horas extra, así que no pasaré mucho tiempo en casa.

–¿Por qué estás trabajando horas extra?

–Estoy ahorrando para una cosa.

Zane recordó el día que le dijo que estaba ahorrando para la valla, para que el perro de su hermano no se escapara. Y recordó su lacónica respuesta cuando él intentó hacerle ver la desigualdad de aquello. Pero no era el momento de ponerse a discutir; Julia parecía exhausta y a él le empezaba a doler la rodilla.

–Tomaré la habitación de Kree, pero con condiciones.

–¿Cuáles?

–Yo cuidaré de mí mismo, pagaré un alquiler y te arreglaré la maldita valla.

–No. De ninguna manera.

–O lo tomas o lo dejas –dijo Zane.

–¿Y si lo dejas?

–Bajaré del coche y me iré a casa de Bill.

En la cara de Julia se dibujó una pequeña sonrisa.

–¿Y si no puedes quedarte en casa de Bill?

–Sí puedo. Me dejará su cama y se irá al hotel del bar Lion.

Mientras observaba la cara de Julia, asimilando aquella respuesta, supo que había ganado y se sintió satisfecho.

–De acuerdo –dijo ella lentamente–. Puedes cuidar de ti mismo, y puedes pagarme parte del alquiler. Pero de ninguna manera vas a arreglar la valla. No con tu rodilla en ese estado.

–¿No? –retó Zane con una sonrisa de determinación en la cara–. Espera y verás.

Capítulo Ocho

Julia dejó que Zane pensara que había cedido porque al menos conseguiría que se bajara del coche y entrara en la casa.

Entendía por qué se había sentido obligado a imponer aquellas condiciones. Sabía que su orgullo no le permitiría aceptar su ayuda sin hacer nada a cambio, pero Julia no se sentía cómoda con aquello.

Durante los siguientes cuatro días, intentó pensar en la manera de no aceptar sus condiciones, lo que al menos ocupaba su mente con algo... y no pensaba en su embarazo.

Había decidido hacerse la prueba durante el fin de semana, que era cuando tendría tiempo para ir a Clifton. Y para pensar en ello. Además, Zane habría tenido tiempo para instalarse y sentirse cómodo en su casa, con ella. Quizá incluso empezaran a hablarse para entonces.

Julia se dijo que era su rodilla lo que le hacía tan irritable. Y que era la compasión lo que provocaba el dolor en el corazón de ella cada vez que lo veía palidecer por el dolor.

Sin embargo, Zane insistía en cuidar de sí mismo y rechazaba de manera cortante la ayuda que ella le ofrecía.

Cada noche, Julia llegaba a casa preocupada, pensando que le habría pasado algo. Pero siempre lo encontraba en la cocina preparando la cena, o viendo la televisión. Y cuando lo veía allí, recuperándose día a día, se alegraba.

Y aquello la preocupaba.

El viernes por la noche, mientras cenaban, Zane le preguntó qué tipo de valla estaba pensando en poner. Julia se dio cuenta de que estaba poniendo peso en la rodilla y vio su expresión testaruda cuando ella le contestó con evasivas.

Decidió que tendría que hacer algo ella misma antes de que se pusiera manos a la obra.

Un poco más tarde, Mitch llamó por teléfono, y Julia hizo lo que tendría que haber hecho desde el principio y le pidió dinero prestado para poner la valla.

Cuando terminaron de hablar, Julia pensó que le había parecido notar un tono cortante en la voz de Mitch cuando le preguntó por Annabel.

Al día siguiente, después del trabajo, Julia fue a la ferretería a recoger catálogos de vallas.

Mientras caminaba de vuelta a casa, con la suave brisa del atardecer revolviendo su falda y los últimos rayos de sol sobre su espalda, pensó que hacía tiempo que no se sentía tan bien. En lugar de su habitual cansancio, lo que sentía era una simple laxitud en las extremidades.

Entró en el jardín de su casa medio adormilada, pero cuando dio la vuelta a la casa y se encontró con Zane, todos sus sentidos se pusieron alerta. Estaba sentado en uno de los bancos del jardín, con la pierna en alto, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Julia sintió que la excitación recorría su cuerpo mientras se acercaba a él silenciosamente. Por primera vez desde que llegó, podía mirarlo hasta saciarse.

Llevaba una camiseta con las mangas recortadas. Uno de sus brazos colgaba a un lado, acariciando la cabeza de Mac, el cual dormía a sus pies.

Julia desvió la mirada al otro brazo, deteniéndose a observar el vello rubio que cubría su fuerte antebrazo, la estilizada mano que sujetaba una lata de refresco sobre su estómago. Se acercó unos pasos más y vio cómo movía un dedo, trazando círculos en la condensación de la lata.

El intenso deseo que sintió borró cualquier otra cosa de su cabeza. Todo excepto el recuerdo del dedo de Mitch trazando círculos similares sobre sus pechos. Julia se llevó una mano a la frente y se quedó allí de pie durante un buen rato.

De repente, se dio cuenta de que aunque tuviera los ojos cerrados, no estaba dormido. El movimiento de su mano sobre la cabeza del perro lo indicaba.

Con expresión culpable, lo miró a la cara y vio una pequeña rendija gris entre sus párpados, observándola. Julia se llevó la mano a la boca, pero debió de hacer algún ruido porque Mac se despertó y corrió hacia ella, ladrando alegremente.

«¡Gracias Mac!» dijo ella mentalmente. Aquella distracción le daría algo en lo que concentrarse mientras se tranquilizaba.

Cuando el perro se marchó corriendo tras un pájaro, Julia se dio la vuelta para encontrarse con Zane, incorporado en el banco y moviendo la pierna.

–No te muevas –dijo ella rápidamente.

La sonrisa de Zane reflejaba cautela, pero era la primera vez que sonreía en toda la semana, y Julia se alegró.

–Estaba haciéndote sitio. Si te sientas un rato y eres amable, seguro que tu vecina se sentirá mejor.

Julia se dio la vuelta para mirar hacia el jardín de la señora Hertzig y Zane se rio.

–Sí. Lleva una hora espíandome desde los matorrales.

Julia se sentó. Se sentía un poco culpable por no haberles dicho a los vecinos que Zane se quedaría un tiempo allí. Lo había ido aplazando porque era más fácil así.

–¿Cómo te ha ido el día? –preguntó él como cada día. Solo que aquel día sonreía y la había invitado a sentarse con él. Y no había apartado la mirada.

Así que, además de contestarle, Julia charló distendidamente acerca de su trabajo en Graceys.

–¿Y a ti? –preguntó ella.

–He tenido un día muy ocupado. Fui a ver al fisioterapeuta y saqué a Mac a pasear.

Zane estiró la pierna y ella se fijó en el aparato ortopédico que le cubría toda la pierna. Lo había llevado desde que fue a buscarlo a casa de Gav y Lisa.

–¿Cuánto tiempo tienes que llevarlo?

–Otras cuatro semanas.

–¿Para qué es?

–Sobre todo para proteger la rodilla. Restringe los movimientos y evita que doble la rodilla demasiado.

Julia se sintió animada al comprobar su buen humor. Había dicho más palabras en el último minuto que en toda la última semana.

Observó su pierna con detenimiento y cedió a la curiosidad que había sofocado hasta entonces.

–¿Qué te hicieron en la operación?

–Las historias de operaciones son aburridas.

–¿Más que las historias de Graceys?

Zane se rio abiertamente y Julia sintió que aquella risa se extendía por todo su cuerpo. Después,

él ladeó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados antes de dar unos golpes en el banco, junto a él.

–Siéntate aquí.

–¿Por qué?

–Necesito una rodilla al aire libre para hacer una demostración.

Julia dudó.

–¿Quieres saber lo que me hicieron o no?

Exagerando un suspiro, Julia se sentó junto a él.

–¿Y la rodilla?

Julia hizo un gesto de impaciencia con los ojos, pero cuando él alargó la mano hacia el borde de su falda, ella se apresuró a obedecer, levantándose la falda lo justo para descubrir la rodilla.

–Empecemos con la lección de anatomía.

Zane le explicó primero lo que se había hecho, y después la operación, dibujando, sobre su piel, líneas imaginarias con el dedo.

Julia sintió que la sangre le hervía en las venas y una suave tentación en los huesos. Se movió incómoda, pero disimuló el gesto girándose ligeramente hacia él. Además, de aquella manera estaría fuera de su alcance.

–¿Y tienes que llevar el aparato ortopédico continuamente?

–Sí.

–¿También cuando duermes?

Zane asintió con la cabeza.

–¿Y cómo haces para ducharte?

–¿No te has preguntado por qué está la basura siempre llena de papel de plástico?

–¿Te la envuelves? ¿Cómo lo consigues?

–Con mucha dificultad.

–Puedes pedir ayuda.

Julia sintió que él se tensaba.

–¿Estás de broma?

Julia le miró la pierna. De repente pensó que en el cuarto de baño él estaría desnudo, y estaba segura de que sus manos no se mantendrían firmes.

Sintió que la vista se le nublaba ligeramente y suspiró. Después, intentó centrarse en lo que había querido decirle.

–Quizá eso resultara un poco incómodo, pero yo podría ayudarte con otras cosas. Por ejemplo, podría haberte cosido los pantalones por donde los cortaste.

–Me gustan así.

–Supongo que tienes ejercicios para hacer. Podría ayudarte con eso.

–Puedo arreglármelas yo solo.

–O si necesitas que te lleve en coche a algún sitio, solo tienes que pedírmelo.

–Gracias, pero el ejercicio me viene bien.

Julia agitó la cabeza con desesperación.

–Ya me lo avisó Lisa.

–¿Has estado hablando con Lisa sobre mí?

Julia se movió incómoda al notar su mirada acusadora.

–Solo cuando fui a recogerte. Mientras preparábamos la comida.

–¿Y qué te dijo exactamente?

–Me dijo que eras demasiado testarudo e independiente y que no aceptaste su ayuda.

–¿No te parece que ya tenía bastante, sin tener que cuidar de mí?

–Ella quería ayudarte. Se sentía culpable de tu accidente por culpa de Jay.

–¿Ella se sentía culpable? Jay no se habría subido al árbol si no me hubiera oído decir que era para eso para lo que servía.

–Eso no significa que sea culpa tuya –dijo ella suavemente.

–Estaba bajo mi responsabilidad, Julia. No debería haberlo perdido de vista ni un solo momento.

Zane. La tensión en su postura, su tono amargo y el enfado consigo mismo que se reflejaba en sus ojos, tocaron a Julia en lo más profundo de su ser, y sin poder evitarlo, alargó el brazo y puso la mano sobre su hombro. Y sintió que él se agarrotaba.

–No me mires así. No quiero que sientas lástima.

Su tono de voz fue tan cortante como su mirada, y Julia retiró la mano apresuradamente.

–No era mi intención.

–¿Ah no? ¿Entonces por qué me has tocado? ¿Por qué insistes tanto en ayudarme?

–Para demostrarte que me importas. Eso es todo.

–¿Sin segundas intenciones?

¿Segundas intenciones? Julia no pudo evitar sonrojarse con sentimiento de culpa. Tampoco pudo detener el movimiento instintivo de su mano hacia su vientre. ¿Se habría dado cuenta?

«No», se dijo y apartó aquel pensamiento de su cabeza. Zane no se preguntaba el motivo por el que lo fue a buscar, o por el que lo había metido en su casa. Solo quería saber por qué lo había tocado.

–Solo pretendía consolarte. Lo siento.

–¡Maldita sea, Julia! Si quieres tocarme, donde sea, yo no voy a objetar. Pero no esperes consolarme. Y no te disculpes.

–¿Quieres decir...?

–¿... que quiero que me toques? –terminó él. Sus miradas se encontraron y Julia captó su mensaje, explícito y caliente, y su pulso se aceleró—. ¿Que paso las noches echado en la cama pensando en tus caricias y en que estás al otro lado de la pared?

Julia tragó saliva y se humedeció los labios.

–No lo sabía. No me has dado ninguna pista.

–¿Es que tendría que haber tirado la pared abajo?

–¿Y tu lesión?

–¡Es mi rodilla la que está lesionada! Todo lo demás funciona perfectamente.

Julia se resistió a la tentación de comprobarlo. Pero mientras el calor inundaba su cuerpo y su corazón daba un vuelco de alegría al saber que él aún lo sentía también, su cabeza le decía que fuese cauta. Las cosas se podían complicar bastante a lo largo de los siguientes días.

–No creo que sea buena idea.

–Nunca lo fue, Julia. Pero eso no nos detuvo la primera vez.

–Ahora hay más cosas a tener en cuenta. Tu rodilla, el hecho de que compartimos la casa...

Zane se rio con dureza.

–Puedes decirme con toda tranquilidad que no estás interesada.

–No es eso –dijo Julia. «Ojalá fuera así de fácil»—. Solo es... complicado.

Julia vio la insondable mirada de sus ojos y silenciosamente le suplicó que lo entendiera. No se refería a no, nunca más. Se refería a sí, pero más tarde. Y de repente le pareció de suma

importancia saber cuándo sería *más tarde*.

–Tengo que ir a Clifton antes de que cierren las tiendas. Puedo traer algo para cenar.

–No te molestes. Cenaré fuera.

–¿Vas a salir?

–Quiero ir a ver a Bill, para mudarme.

El corazón de Julia dio un vuelco.

–No tienes por qué hacerlo.

–Sí.

Julia se dio cuenta de que discutiendo no llegaría a ninguna parte.

–De acuerdo, pero te agradecería que esperases unos días.

–¿Por qué? –preguntó Zane.

Julia cruzó los dedos e inspiró profundamente.

–Estaba contando con tu ayuda para poner la valla. Mañana tengo todo el día libre y había pensado que podíamos empezar –dijo Julia, pero al ver que la miraba con suspicacia, sacó los catálogos de su bolso–. Podrías echarles un vistazo y darme tu opinión.

–¿Ahora?

–Mientras estoy en Clifton.

Julia no esperó a oír su contestación. Se puso de pie y se marchó. Y rezó para que él siguiera allí cuando regresara.

El día no podía marchar mejor.

Después de una dolorosa semana, parecía que su rodilla empezaba a recuperarse. Se había sentido tan satisfecho que ni siquiera le había molestado la intensa observación a la que lo había sometido la vecina.

Pero la de Julia sí.

Había trastornado sus hormonas de tal manera que no pudo controlarse. Había pedido a Julia que se sentara junto a él, la había animado a hablar, incluso había ideado la manera de tocarla sin que ella lo abofeteara.

Después surgió lo de la ducha. Se la había imaginado de rodillas delante de él, lentamente envolviéndole la pierna con el plástico, desde el tobillo hasta la entrepierna, sintiendo el suave roce de sus manos... y en un abrir y cerrar de ojos se había excitado, destrozando la voluntad de hierro que tanto le había costado mantener durante la última semana.

Durante las últimas *ocho* semanas.

Quizá habría podido controlarse si ella no lo hubiera tocado, si no lo hubiera mirado con la indecisión reflejándose en sus ojos.

A Zane le pareció que ella lo deseaba pero que algo la frenaba.

«Complicaciones», pensó Zane, recordando lo que ella había dicho. Quizá le preocupaba lo que pudieran pensar los demás. Una aventura de una noche con alguien como él era una cosa, pero una relación duradera era otra totalmente distinta.

Zane recogió las muletas del suelo. El único motel que había en Plenty estaba a las afueras de la ciudad, muy lejos de la calle Bower, pero iría de todos modos. Prefería ser independiente a depender de la ayuda de Bill o Julia.

Además, los paseos que tendría que dar entre el motel y la casa de Julia, mientras colocaba la valla, ayudarían a convertir ocho semanas de tensión sexual en sudor.

El día no podía empeorar más.

En el motel no tenían habitaciones libres, aunque por la forma en que lo trataron, dudaba de que le hubiesen dado una en caso contrario. Y Bill se había negado en rotundo a que se quedara con él.

Después, cuando volvió a casa de Julia, sintió la atenta mirada de su vecina sobre él, vigilando sus pasos.

Aquello remató lo que siempre había sabido. Que las buenas gentes de Plenty tenían buena memoria, y cuando se trataba de él, ni un solo recuerdo era bueno.

Capítulo Nueve

Julia se tapó la boca con una mano para ahogar el espontáneo grito de alegría, aunque no pudo hacer lo mismo con la amplia sonrisa que se dibujó en su cara.

Miró fijamente el bastoncillo que tenía entre las manos con los ojos llenos de lágrimas y tuvo que sentarse porque sus temblorosas piernas no la sujetaban.

Sobrecogida, puso una mano sobre su vientre. Dentro de ella crecía un bebé. El bebé de Zane y ella.

A pesar de sus propias sospechas, la posibilidad había sido tan remota que no se había permitido pensar en ello o en la maraña de preguntas que tenía en la cabeza.

«¿Cómo podía haber ocurrido?».

Aquella era la más insistente.

En todo momento utilizaron protección. Incluso cuando Zane entró en ella, en aquel breve momento de adormilado descuido, se había retirado casi inmediatamente. La única explicación era que alguno de los preservativos se hubiera roto.

¿Cómo se tomaría Zane aquella noticia?

Durante toda la semana, Julia había luchado por no pensar en la mañana en que él la había acusado de acostarse con él para quedarse embarazada.

¿Cómo se lo diría?

Sintió deseos de guardarse la noticia solo para ella durante un tiempo, y disfrutar de ella. Pero sabía que debía decírselo cuanto antes.

Excepto que cuando regresó de Clifton, Zane no estaba en casa.

Sabía que no iba a dormir mucho, y así fue. Sin embargo, Julia se levantó con más energía que en los últimos meses. Aunque sabía que aquello se debía a los nervios, después de fregar, tender tres lavadoras, limpiar el cuarto de baño y descongelar la nevera, aún seguía con fuerzas.

Y seguía sola.

Pensó en sacar a Mac a dar un paseo y en ir a ver a Bill, pero desechó ambas posibilidades. En vez de eso, dio un largo paseo ella sola. Caminó con paso firme y rápido, y aun así, su energía no menguaba. Quizá se debiera a la creciente convicción a la que había llegado.

A la larga, la reacción de Zane no importaba. Sabía que una respuesta negativa por su parte la heriría, pero lo haría sola si era necesario. Podía hacerlo.

Sería una madre estupenda, con o sin Zane a su lado.

Cuando regresó, Zane estaba de pie en el porche, y ella se dirigió hacia él.

—La valla era una excusa para mantenerte aquí —admitió ella a modo de saludo. Su mirada estaba fija en el suelo.

Zane la observó y pensó que parecía nerviosa.

—¿Para qué?

–Para hablar contigo.

–¿Sobre lo que dije ayer por la tarde?

–No... o quizá en parte sí –admitió Julia y suspiró. Zane sintió un nudo en el estómago—. Era cierto que te traje aquí con segundas intenciones.

Él sintió que la sangre hervía en sus venas y una sensación de euforia atravesó su cabeza. Ella lo deseaba. Quería tenerlo allí.

Zane dio unos pasos hacia ella. Vio cómo abría los ojos sorprendida y se fijó en cómo se tocaba, inconscientemente, el labio con la lengua justo antes de que él la empujara con su cuerpo contra el poste del porche.

Sintió la suavidad del cuerpo de Julia contra la dureza del suyo y enterró las manos en su pelo. Entonces la besó, saboreándola, absorbiendo su esencia. ¿Cómo podía haber vivido ocho semanas sin aquello?

Zane apartó la boca, que no su cuerpo, de ella.

–Si me estoy equivocando acerca de tus segundas intenciones, dímelo ahora –dijo él y sintió que le tocaba la mejilla con una mano.

Sintió el deseo de ella en el movimiento de sus muslos.

Zane miró a Julia a los ojos, unos ojos que parecían preocupados... pero en aquel momento escuchó el sonido de un coche aparcando junto a la casa. Zane echó un vistazo hacia la calle, por encima de la cabeza de Julia y reticentemente, se apartó de ella.

–Es tu hermano.

Julia parpadeó, se irguió y humedeciéndose los labios, se dio la vuelta y bajó corriendo por el camino. Reía y hablaba al tiempo que se echaba en brazos de Mitch, no sin dificultad ya que él llevaba a un niño en brazos.

Zane vio cómo Mitch besaba a Julia en la frente. Aquello fue como un golpe en el estómago que lo dejó sin respiración y molesto, así que dio media vuelta y entró en la casa, dejándolos con su particular reunión familiar.

Pero tiempo después de haber entrado, Zane seguía oyendo la risa de Julia, aún veía la cara de alegría del niño cuando la abrazó. Y aún sentía un tremendo vacío en el lugar en el que había sentido el golpe de su reacción.

Decidió que lo mejor que podía hacer era descargar su rabia y su energía.

Después de estar cavando durante quince minutos, Zane tiró la pala al suelo, frustrado y con un fuerte dolor en la rodilla.

No podía seguir cavando con la pala, necesitaba una excavadora para continuar. Y necesitaba que Julia fuera por ella. Pero sintió que se le formaba un nudo en el estómago ante la idea de tener que pedir ayuda.

Se sentó en uno de los bancos del jardín y cerró los ojos. Sintió un dolor punzante en la rodilla y se dio cuenta de que tenía que cuidarse más o acabaría otra vez en el hospital, estaría eternamente atrapado allí, recuperándose durante toda la vida. Deseando a Julia y continuamente siendo interrumpidos. Sintiendo excitado y frustrado para el resto de su vida.

Sintió que algo se chocaba contra su pierna sana y abrió los ojos para encontrarse con un niño rubio mirándolo con ojos grandes y serios. Se parecían tanto a los de Julia que Zane se quedó mirándolos fijamente, sin saber qué decir.

–¿Te has roto la pierna?

–Más o menos –dijo Zane después de aclararse la garganta.

–¿Cómo?

–Me caí de un árbol.

El niño frunció el ceño.

–¿Por qué estabas en un árbol?

Zane estaba contemplando qué responderle, cuando oyó cómo se abría y se cerraba la puerta trasera. Sin mirar, supo que era Julia.

–Veo que ya os habéis conocido –dijo ella y miró al niño–. ¿Sacamos a Mac a dar un paseo?

–¿Quieres venir tú también? –le preguntó el niño a Zane.

–Me encantaría, pero mi pierna necesita descansar –contestó él y miró a Julia–. ¿Dónde está Mitch?

–Joshua, ¿recuerdas dónde guardo la correa de Mac? –le preguntó alegremente y el niño se marchó a buscarla. Cuando se aseguró de que no podía oírla, continuó hablando–. Mitch ha tenido que marcharse. Joshua se quedará unos días con nosotros.

–¿Nosotros?

Zane vio la súplica silenciosa en los ojos de Julia y se dio cuenta de que Joshua se acercaba corriendo hacia ellos. Asintió con la cabeza.

–Luego me lo explicas.

Aquel *luego* resultó ser mucho después de lo esperado. Entre las atenciones que necesitaba Joshua y el trabajo de la valla, no tuvieron ocasión de estar solos hasta la hora de la cena. Después de acostar a Joshua, Julia se derrumbó en el sofá, exhausta.

–¿Quieres una taza de té? –le preguntó Zane desde la cocina.

Julia se fijó en que Zane había recogido toda la casa. No había nada que pudiera interrumpir la conversación. Solo la necesidad que ella tenía de ordenar sus pensamientos.

Durante las últimas doce horas, no había dedicado ni un solo pensamiento a su embarazo. A lo largo del día, solo había sido capaz de recordar la sorpresa que le había provocado el beso inesperado que Zane le había dado aquella mañana, y se preguntaba qué habría ocurrido si Mitch hubiera llegado media hora más tarde.

–¿Estás ahí?

Julia se dio cuenta de que se había quedado sentada en el sofá, mirándolo fijamente y no había contestado a su pregunta. Aunque no hacía falta, porque Zane acababa de dejar una taza de té en la mesa.

–Gracias. Lo necesitaba. Se me había olvidado lo agotador que puede llegar a ser un niño pequeño.

–Pues imagínate gemelos.

Zane se sentó al otro extremo del sofá y Julia se dio la vuelta y cruzó las piernas para poder mirarlo de frente.

–Lisa me dijo que te las arreglabas bastante bien.

–Hice lo que pude.

Julia reprimió una sonrisa. Poco antes también se había quitado importancia cuando lo felicitó por el buen trabajo que había hecho en la valla. Y Julia sintió deseos de acercarse a él y abrazarlo. Entonces, Zane cambió de postura y extendió un brazo sobre el respaldo del sofá. La luz de la lámpara iluminó la curva del músculo y Julia sintió que su cuerpo se acaloraba.

–¿Qué le pasa a Mitch?

Julia parpadeó y se aclaró la garganta.

–Annabel lo ha dejado.

Zane silbó suavemente entre los dientes.

–¿En serio o ha sido una discusión?

–En serio. Llevaba mucho tiempo trabajando en Europa, y llamó para decir que no iba a volver.

–¿Hay otro hombre?

–Mitch no me lo ha dicho, pero es una posibilidad. Además de esposa, es madre, así que no creo que hiciera algo así por una simple discusión. Está Joshua de por medio. Y por eso Mitch lo ha dejado aquí. Quería tomar el primer avión disponible para ir a hablar con ella. Está devastado –explicó Julia–. Ojalá pudiera hacer algo para mitigar su dolor. Me siento totalmente inútil.

–Pues a mí me parece que quedarte con Joshua es bastante efectivo.

Julia resopló en voz baja.

–¡Menuda ayuda!

–¿Crees que a Mitch le gustaría tener que estar preocupándose por el niño mientras está al otro lado del mundo, intentando hacer entrar en razón a su esposa? ¿No crees que se sentirá agradecido de poder dejar a su hijo en un sitio seguro y donde el niño está contento?

–No lo había pensado así –admitió Julia. Lo miró a los ojos y sintió que su fuerza interior la consolaba, igual que sus palabras–. Ahora lo único que tengo que hacer es pensar en cómo mantener mi trabajo mientras cuido de Joshua.

–¿No puedes decir que estás enferma? –preguntó Zane, pero vio la escandalizada expresión de Julia y sonrió burlonamente–. No, claro que no.

–Ya pensaré en algo –dijo ella, aunque sabía que sería complicado encontrar a alguien, con tan poco tiempo de aviso, para que la sustituyera.

–Si te sirve de ayuda, yo puedo quedarme con él mientras tú vas a hablar con tu jefe.

Julia negó con la cabeza.

–No puedo hacer eso.

–¿No puedes o no quieres?

–Claro que puedo –dijo ella. Recordó lo culpable que se sentía por haber fallado con Jay y supo que su confianza era importante para él–. Si te pudieras quedar con él por la mañana, mientras yo hablo con mi jefe. No quiero dejarlos colgados. ¿Habría algún problema?

–En absoluto.

–Gracias –dijo Julia y sonrió–. Parece que te debo otra copa.

–Nunca llegaste a invitarme a las dos primeras.

–Me parece recordar que me dejaste plantada.

Después de aquellas dos frases, la atmósfera pareció cambiar completamente y cargarse de calor y electricidad.

–Ha sido un día muy largo –dijo él lentamente–. No creo que sea buena idea seguir este camino.

Sus miradas se encontraron y los recuerdos del beso, de su cuerpo duro y dispuesto, de aquella mañana, parecieron cobrar vida en la cabeza de Julia.

Claro que quería continuar por aquel camino, pero primero tenía que apartar los obstáculos y aquella parecía ser una buena noche para empezar.

Así que cuando él le sujetó las manos para ayudarla a levantarse y la besó suavemente en la frente, ella no se resistió.

Y cuando él la encaminó con firmeza hacia su habitación, ella simplemente se marchó a su

habitación.

De alguna manera, parecía más fácil así.

Capítulo Diez

Al día siguiente, después de acostar a Joshua, Zane se dirigió hacia la cocina, guiado por el ruido de las cacerolas y un ligero aroma especiado.

–Gracias por ocuparte de él –dijo Julia cuando Zane entró en la cocina.

–No hay de qué.

–Deberías descansar la pierna.

–Sí, mamá.

Al oír aquello, Julia dejó caer la cuchara que tenía en la mano. Se quedó paralizada mirando el rastro de salsa de tomate que había dejado en la caída.

–Tú también deberías descansar –sugirió Zane y pensó que parecía realmente exhausta.

Se agachó para recoger la cuchara, pero ella lo ahuyentó con las manos.

–No te preocupes, solo han sido mis torpes dedos. Enseguida salgo.

Zane sacó un refresco de la nevera y salió al porche a sentarse, preguntándose por la mirada de incredulidad que había visto en la cara de Julia. Pero no fue capaz de pensar en el posible motivo. O quizá se lo había imaginado.

Pasó al menos veinte minutos o más allí sentado, escuchando música y acariciando la cabeza de Mac antes de escuchar cómo se cerraba la puerta trasera.

Julia se había quitado el uniforme del trabajo y se había puesto uno de esos ligeros vestidos que ocultaban al tiempo que sugerían lo que había debajo. Pero Julia no fue a sentarse con él.

En vez de eso, caminó nerviosa de un lado a otro del jardín. Agachándose para arrancar alguna mala hierba, o recogiendo las flores muertas de la jardinera.

Si Zane no hubiera estado tan concentrado en la forma en que su vestido se movía cada vez que ella se agachaba o se estiraba, le habría dicho que se sentara junto a él. Y si no se hubiera estado fijando en su vestido, habría tardado menos en notar cómo fruncía el ceño y cómo movía los labios, como si estuviera hablando sola. Ensayando algo.

Había algo que la preocupaba y no parecía estar dispuesta a contárselo.

Zane se dijo que no tenía derecho a sentirse apartado, dolido o insultado; no tenía derecho a esperar que ella quisiera compartirlo con él, pero no pudo evitar pensar en ello.

Julia se había detenido y se colocaba las manos en la espalda, a la altura de la cintura, como si quisiera estirar sus cansados músculos. Al darse la vuelta, su cuerpo adquirió las características de una silueta desnuda, iluminada por los últimos rayos de sol.

Zane se fijó en sus pechos, erguidos y firmes, en la curva de su abdomen, en las largas líneas de sus piernas, todo claramente delineado y se le cortó la respiración. Aunque por una vez el deseo no se centró únicamente debajo de sus pantalones, sino que creció y llenó todo su ser.

Con los ojos cerrados, Julia se giró de cintura para arriba, de tal manera que Zane pudo ver su cara y la serena sonrisa que se dibujaba en sus labios.

También vio cómo se tocaba el vientre con una mano, de manera protectora y se le paró el corazón. Aquello no era posible, tenía que estar imaginando cosas.

Se incorporó en el asiento y ella se volvió hacia él. Debió de captar la atónita expresión de su cara, porque lentamente, al menos así le pareció a Zane, dejó caer las manos a los lados. Se irguió, tensa, y la sorprendida expresión de sus ojos disipó todas las dudas que Zane hubiera tenido.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —preguntó él.

Julia se acercó a él lentamente, con una ligera y dubitativa sonrisa.

—En cuanto supiera qué decirte, y cómo hacerlo.

—¿Qué te parece, *estoy embarazada*?

Julia se detuvo paralizada. Su sonrisa se congeló.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Zane.

—Me hice la prueba el viernes por la tarde.

—¿Por eso fuiste a Clifton? —le preguntó y ella asintió—. ¿Lo sospechabas?

—Sí. Pero quería asegurarme antes de decírtelo.

—¿Y estás segura? ¿Has ido a ver al médico?

Antes de que ella contestara, Zane ya sabía la respuesta. No habría acudido al médico de Plenty por la misma razón por la que había ido a Clifton a comprar el aparato para hacerse la prueba. La misma razón por la que no le había presentado a sus vecinos...

Era la misma historia de siempre. No era el hombre adecuado con el que tener un hijo.

—Pero se supone que los *tests* de las farmacias son tan fiables como los de los médicos —dijo ella y se alisó nerviosamente el vestido—. Y yo estoy segura.

—¿Te has encontrado mal?

—Solo cansada. Al principio pensé que el cansancio se debía al trabajo y a la falta de sueño...

Zane suspiró. Intentó pensar, pero tenía la cabeza embotada.

Julia se sentó enfrente del él y cruzó las manos sobre el regazo.

—Pareces contenta con esto —dijo Zane.

—Sí. Más que contenta —admitió Julia y su sonrisa alivió parte de la tensión—. Siempre quise tener un bebé.

Zane recordaba aquello. Había deseado tener un bebé con su ex marido y no pudo evitar hablar con amargura.

—Entonces te ha salido bien la jugada.

Julia lo miró irritada.

—No pretendía quedarme embarazada. De hecho, fui yo la que proporcionó los preservativos.

La caja de preservativos que habían gastado, entera. Zane movió la cabeza.

—¿Entonces qué salió mal?

—Pueden romperse...

—¿No crees que me habría dado cuenta?

—Si no se utilizan correctamente, ya sabes, desde el principio...

Julia apartó la mirada y el color invadió sus mejillas.

¿Estaría recordando su desesperación? ¿La urgente necesidad que provocó aquel momento de descuido?

Zane apoyó la cabeza en las manos y una serie de imágenes recorrieron su cabeza: aquel momento de completa unión de sus cuerpos, Julia embarazada de su hijo, un pequeño e indefenso bebé...

Su bebé. El bebé de los dos. El resultado de aquella increíble noche.

Se sentía aturdido, y antes de que pudiera pensar en lo que sentía, o lo que debería sentir, o en

cuándo empezaría a sentir algo, Julia empezó a hablar.

Zane se fijó en su tono de voz, tranquilo y cauto; en sus manos, que habían dejado de retorcerse; y en sus dedos cruzados.

–Entiendo que te sientas abrumado, y que necesites tiempo para hacerte a la idea, pero no quiero que te sientas... presionado.

Zane sintió una extraña sensación premonitrice.

–¿Presionado en qué?

–Pues en sentirte obligado a hacer lo correcto –dijo ella y se rio nerviosamente–. Eso ha sonado muy anticuado, pero sabes a lo que me refiero.

–¿Crees que me pueda sentir presionado a casarme contigo?

–Sí. Sé cómo te sientes respecto al matrimonio, y quiero que sepas que no espero eso de ti.

–¿Cómo puedes saber lo que pienso acerca del matrimonio? Ni siquiera me lo has preguntado.

–Aquella mañana. Después de... –dijo Julia y se movió nerviosa–. Dijiste que no estaba en tu lista de prioridades. Y lo que ocurrió con tus padres...

Julia se encogió de hombros. Se sentía inquieta y él no estaba poniéndoselo más fácil con sus frías preguntas y aquella insondable expresión en su cara.

–No tienes que casarte conmigo solo porque estoy embarazada.

–Creía que querías casarte –dijo Zane. Julia lo miró a los ojos y su corazón dio un vuelco. No supo qué decir–. ¿O es solo cuestión de con *quién* quieres casarte? ¿Le dirías lo mismo al tipo del Vólvo?

–¡No! ¡Quiero decir sí! –se corrigió Julia–. ¡Deja de confundirme! Ese hombre es la idea de Chantal del marido ideal, no la mía.

–¿Qué tiene que ver Chantal en todo esto? –preguntó Zane.

Por triste que le pareciera, tendría que contarle a Zane la forma de *ayudarla* que tenía su hermana.

–Creía que quería volver a casarme. Como no estaba conociendo hombres, Chantal decidió ayudarme, a su manera.

–¿Presentándotelos ella? ¿Como si fuera una agencia matrimonial?

Habló con tanta incredulidad, que Julia pensó que empezaría a reírse. No sabía cómo había llegado la conversación a aquel punto tan humillante, pero tenía que retomar el hilo.

–Eso no es el tema.

–¿Y cuál es?

–*Creía* que quería casarme porque me hacía sentir segura –dijo ella, irguiéndose–. Y porque quería tener un bebé.

–Y ahora que lo tienes, no necesitas un hombre.

–No necesito un hombre que se sienta atrapado.

Zane la miró durante un instante antes de hablar.

–¿Y qué piensas hacer? ¿Seguir trabajando sesenta horas a la semana para poder pagar a alguien para que cuide del bebé?

–¡No!

–¿Cómo vas a mantenerte?

–Tengo un poco de dinero ahorrado y...

–¿Tienes idea del dinero que cuesta tener un hijo?

–¿Y tú? –espetó ella.

–Pues sí. Gav me habló de ello, y por lo que dijo, vas a necesitar algo más que un poco de

dinero ahorrado –dijo Zane y se puso a caminar de un lado a otro–. Aparte del dinero, ¿has pensado en lo que supone ser madre soltera, veinticuatro horas al día, siete días a la semana?

Julia apartó la mirada. Lo único en lo que había pensado era en tener un hijo con Zane a su lado, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. ¿Cómo podía haberse equivocado de aquella manera?

Tragó saliva y se concentró en mantener la voz firme y en seleccionar con cuidado las palabras.

–¿Qué sugieres tú? ¿Qué quieres hacer tú?

–No se trata de lo que *nosotros* queramos, sino de lo que el bebé necesita; a sus padres viviendo juntos, compartiendo sus cuidados y necesidades. Eso es lo que necesita un hijo.

Zane se detuvo y la miró. Su expresión era feroz e inflexible porque quería lo mejor para su hijo, la clase de vida que él no tuvo, la seguridad y el cariño que no recibió.

Julia sintió tanto amor que pensaba que iba a estallar. Su corazón latía con tanta fuerza que sofocaba todo lo demás, excepto la ola de optimismo que surcaba su cuerpo.

Pero se obligó a tranquilizarse y actuar con calma, sensatez y objetividad. Tenía que ir paso a paso.

–¿Qué intentas decir, Zane? –le preguntó con cautela.

–Que vamos a casarnos.

Capítulo Once

Zane se preparó para escuchar su respuesta, que probablemente sería negativa.

Con calma, Julia entrelazó las manos sobre el regazo y habló.

–De acuerdo. Si es lo que quieres, nos casaremos.

–No es precisamente lo que quiero.

«No de esta manera, ni por esta razón».

Si al menos ella lo mirara sonriendo, con los ojos turbados por la emoción, en vez de estar allí sentada con la cara y la actitud sombrías. Zane apartó con furia aquel pensamiento de su cabeza, porque Julia Goodwin no se casaría con él por gusto.

Lo que tenía que hacer era centrarse en ser práctico.

–Tendré que buscar un trabajo estable –dijo él dando voz a sus pensamientos, y comenzó a caminar otra vez–. Tendremos que decidir dónde.

–¿A qué te refieres?

–No podemos ir al oeste, donde he estado trabajando. Está demasiado aislado.

–¿Por qué no podemos vivir aquí? –preguntó ella. Zane se detuvo y la miró–. Bill te daría trabajo sin dudar. Sé cómo te sientes en Plenty, y aún no has tenido tiempo para pensar en todo esto, pero si nos marchamos de aquí, estaremos solos. Piénsalo, Zane, toda mi familia y mis amigos están aquí. Y Kree está aquí también.

Ella tenía toda una familia y un montón de amigos. Él tenía una hermana con la que hacía dos meses que no hablaba. Aquello era el perfecto exponente del abismo que había entre ellos, y no podría olvidarlo si se quedaban a vivir allí.

–Quizá *tú* no hayas tenido tiempo para pensar en todo esto. Te vas a casar *conmigo* y vas a tener un hijo *mío*. ¿Cómo crees que se lo va a tomar la alcaldesa Goodwin?

–No creo que salte de alegría, pero es mi madre y me apoyará. Mis padres siempre lo han hecho. Además, me estás pidiendo que vaya a alguna parte, ni siquiera sabes adónde, a formar un nuevo hogar. ¿No te parece una tontería, cuando yo ya tengo una casa aquí? ¿Pudiendo trabajar aquí?

Zane ignoró la súplica que había en sus ojos y movió la cabeza.

–No es una opción. Bill no podría pagarme un sueldo en condiciones.

–Pero el negocio puede crecer, y además, Bill ya debe de estar pensando en jubilarse.

Pero Zane no quiso seguir hablando de ello y, caminando de nuevo de un lado para otro, pensó, en voz alta, en lo que haría.

–Tengo algo de dinero invertido, quizá sea suficiente para comprar un taller. Hablaré con un agente de bolsa y haré algunas indagaciones. ¿Qué prefieres, la costa, el interior...?

–Ya te he dicho donde creo que deberíamos vivir.

De acuerdo. Escogería él.

–Quizá me lleve un par de semanas o más, dependiendo de la cantidad de talleres que decida ver.

Julia asintió y bajó la mirada de nuevo a sus manos.

–¿Quieres que hablemos de la boda antes de marcharte? –preguntó Julia y se hizo un incómodo silencio–. Es que no sé si quieres que sea religiosa o civil, o cuándo quieres...

–Me da igual el tipo de ceremonia que sea, y supongo que querrás que sea lo antes posible.

Julia se tensó visiblemente.

–¿Te refieres a que sea antes de que se me note?

Zane bajó la mirada y sintió un calor provocado por la furia.

–No me refería a eso, pero si quieres que sea así de rápida, de acuerdo. Dame un mes para solucionar todos mis asuntos.

Furiosa, Julia se puso de pie rápidamente.

–Tómate tu tiempo, pero yo no haré planes de boda hasta que tengamos un sitio donde vivir.

–¿Te lo estás pensando mejor?

–Aún no –dijo ella levantando la barbilla–. Pero sí creo que deberías pensarlo mejor.

–¿Es un ultimátum? ¿Si no cambio de opinión acerca de vivir en Plenty, no te casarás conmigo?

–No –dijo ella y pareció sorprendida–. Quiero casarme contigo, Zane.

Zane sintió que la esperanza se encendía en su corazón, pero inmediatamente se apagó. Claro que quería casarse con él, por eso parecía tan entusiasmada con la perspectiva. Por eso se había delatado a sí misma al apresurarse a hablarle de su embarazo.

Zane torció la boca en una mueca de acritud.

–Si tienes tantas ganas de casarte conmigo, puedes empezar a preparar la boda. Y deja que yo decida dónde vamos a vivir.

Zane se marchó aquella tarde, mientras Julia y Joshua estaban fuera comprando, y Julia sintió resentimiento, aunque no era tan fuerte como la dolorosa frustración. ¿Es que no se daba cuenta de que ella lo amaba? ¿De que viviría con él en medio del desierto si aquello lo hacía feliz?

Cinco semanas más tarde, Zane se detuvo delante de la casa de Julia, disfrutando de los familiares sonidos y aromas.

Había cruzado el país de punta a punta en busca de un sitio donde vivir, y con cada día que pasaba, su frustración crecía.

Ningún sitio le había parecido bien.

Sin embargo, en el momento en que torció por la calle Bower, algo dentro de él se removió; una sensación de bienestar, tan cálida como la sonrisa de Julia, y supo que había vuelto para hacerla feliz.

Zane entró y dio la vuelta a la casa. Sabía que haría lo que fuera por mantener vivo su amor, y por merecerse su amor cada día que pasara.

–¡Zane! –exclamó ella y corrió hacia él.

Zane no pudo esperar más.

–No sé si trabajaré para Bill o no, solo sé que quiero estar contigo, en esta casa. Hasta la ciudad empieza a gustarme –dijo Zane, mirándola y abrazándola–. Me ha costado cinco semanas darme cuenta de ello; me empeñé en buscar un sitio, y siempre esperaba que mi corazón me dijera si lo había encontrado. Pero solo me siento así en un lugar, y creo que es porque tú estás en él. Siempre que tú estés aquí, yo también lo estaré.

–¿De verdad? –preguntó ella y su sonrisa se enredó alrededor de su corazón, sujetándolo fuerte.

–Y no he llegado a la parte más importante –continuó él y le apretó la mano–. Quiero hacerlo

bien, pero no puedo agacharme y apoyarme sobre una rodilla.

–¿Te duele?

–Solo si cargo demasiado peso sobre ella –le dijo y su expresión se tornó solemne–. Quiero que seas mi esposa, Julia. En mi cama, en mi vida. Quiero tenerte y abrazarte para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

–Sabes que sí. Bésame, Zane.

Después de besarse hasta quedarse sin aliento, Zane se apartó y vio que en sus ojos brillaba la misma emoción que él sentía por todo su cuerpo.

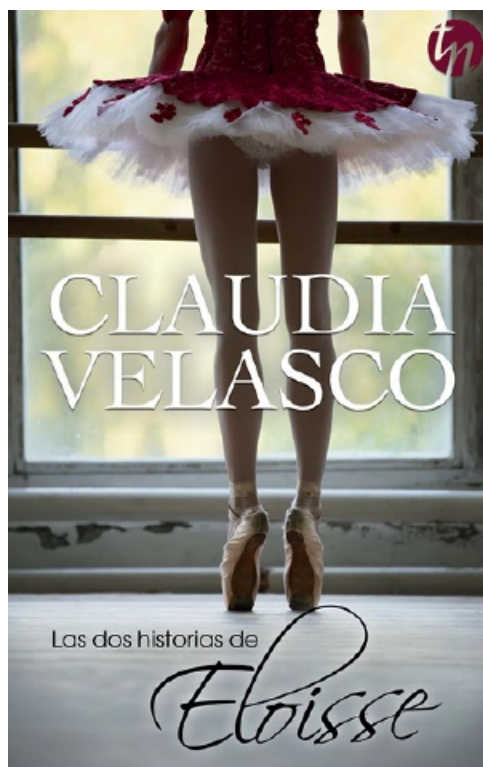
–Te amo. Lo sabes, ¿verdad?

Julia lo miró a los ojos y después lo abrazó.

–Sí, pero ya era hora de que me lo dijeras.

Y supo que *aquello* era lo que siempre había querido. Ser amada. Sin restricciones, sin tapujos. Por aquel hombre. Su hombre. Su amor.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com